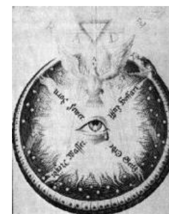


GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MARTINISTAS & MARTINEZISTAS DE ESPAÑA

-G.E.I.M.M.E.-

Fundado el 12 de Octubre de 2.003



*Inscrito en el Registro Nacional de Asociaciones con el Número Nacional 171370 de la Sección 1ª.
Ministerio del Interior. España.*

BOLETÍN INFORMATIVO
Nº 54

21 de Junio de 2.017

S U M A R I O

**CONVENIO DE COLABORACIÓN INSTITUCIONAL,
ACADÉMICA Y CIENTÍFICA
ENTRE EL PATRONATO DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA ARÚS
Y EL GRAN PRIORATO RECTIFICADO DE HISPANIA**






IN EXCELSIS DEO ET IN TERRA

EL HOMBRE-DIOS

TRATADO DE LAS DOS NATURALEZAS

Trata de las dos naturalezas divina y humana reunidas indivisiblemente para la eternidad y que se constituirán en un solo y único ser en la persona de Jesús-Cristo, Dios y Hombre, Redentor de los hombres, Soberano Juez de vivos y muertos, acompañado de reflexiones sobre la conducta de Pilatos y de una meditación sobre el gran misterio de la Cruz.



Jean-Baptiste Willermoz
(1.730 – 1.824)

DE LA PRESENTE TRADUCCIÓN:

1. Esta traducción ha sido realizada partiendo del manuscrito original de Jean-Baptiste Willermoz que se encuentra en la biblioteca municipal de Lyon: Fondo Willermoz, ms 5940 n 5.

2. Se ha modernizado la ortografía así como la puntuación del texto.

3. El texto de Jean-Baptiste Willermoz era un texto continuo. Para facilitar el trabajo al lector, se ha dividido el texto en veintidós capítulos.

-1-

De la infidelidad del hombre primitivo

Vimos, en los primeros desarrollos de la Doctrina, que el **hombre primitivo** había sido investido de un gran poder que le hacía superior a todos los agentes espirituales que habían sido colocados con él en el **espacio creado**, para manifestar bajo su dirección su acción particular temporal; que él había sido establecido, principalmente, como el **dominador de los espíritus perversos** que allí estaban **retenidos en privación**; que había sido **situado en el centro de las cuatro regiones celestes del universo creado, para ejercer su poderosa acción universal**, y que desde allí podía **ser un verdadero intelecto del bien** para los espíritus perversos transmitiéndoles algunos conceptos de ese bien del cual estaban eternamente separados.

Pero este infeliz hombre con tan gran poder, fuertemente prevenido contra los ataques y los trucos de su enemigo, tan superior a todo lo que existía con él en el recinto universal y que no tenía sobre él más que a su creador, se equivocó, fue seducido, caído en desdicha, y condenado a la muerte como aquellos por los que había sido amenazado. ¿Que ser con suficiente poder y suficientemente puro podía relevarlo de su estado, que no fuese Dios mismo? Pero esta imagen desfigurada de su Creador había atacado su unidad y su poder. ¡Este inicuo delegado, este representante infiel de su Dios, se unió, se alió con su enemigo para traicionar los más queridos intereses de los que él había sido encargado! **Abusó terriblemente de todos los dones, de todos los poderes que había recibido, y por un exceso inaudito de ingratitud, ultrajó insolentemente su amor y su ternura**. Se precisa por lo tanto una gran víctima para satisfacer la Justicia divina, ya que **si la Misericordia de Dios es infinita y sin límite, su Justicia lo es también, y no puede ser interrumpida más que por una reparación proporcional a la ofensa**. Era necesaria una víctima pura y sin mancha, de la propia naturaleza humana del prevaricador, y puesto que era el hombre el que, por su crimen, había hecho entrar la muerte en el mundo, era necesario que esta santa víctima se sacrificase voluntariamente a la muerte, una muerte injusta, violenta e ignominiosa que pudiera reparar tal ofensa. **Era necesario finalmente que el Justo, por su sacrificio voluntario, quedara vencedor de la muerte del pecado**, a fin de que lo que la Justicia divina había pronunciado, el fin irrevocable contra la raza del prevaricador, no fuera ya más que un sueño y un paso de la vida temporal a la vida eterna para todos los que, a su ejemplo, abandonando durante la duración de su expiación individual su libre albedrío, su voluntad propia a la única voluntad de Dios, merecieran recoger los frutos.

Un **Segundo Adán**, **emanado del seno de Dios en toda su pureza y santidad**, se sacrificó y se ofreció como víctima a la Justicia divina por la salud de sus hermanos, su ofrecimiento fue aceptado por la Misericordia. Inmediatamente **la Sabiduría increada**, el Verbo de Dios, que es Dios, **el hijo único, imagen y esplendor del Padre Todopoderoso**, **se sacrificó para unirse íntimamente y para la eternidad con la inteligencia humana del nuevo Adán**, para fortificarlo en su sacrificio, para completar su triunfo, y hacerle, **por una resurrección gloriosa**, verdadero vencedor de la muerte.

-2-

De la unión misteriosa de las dos naturalezas

Es por la unión incomprensible de la naturaleza divina a la naturaleza humana, obra del amor infinito de Dios para con los hombres, que se realiza la gran obra de la Redención del género humano y el establecimiento de la santa religión que le enseñara a conocer el verdadero culto a rendir a su Creador, el único que a él le puede agradar. Religión que sólo podía haber sido fundada firmemente por la revelación de un Dios encarnado, hablando familiarmente a los hombres, y que les probaría en todo momento, y durante la duración de su misión temporal, su Divinidad, la verdad de sus dogmas, la pureza y la excelencia de su moral a través de los milagros más brillantes de todos los tiempos. He aquí los dos grandes objetivos que, en las intenciones del Amor y de la Misericordia de Dios para los hombres degradados y corrompidos, hicieron necesaria la **unión de las dos naturalezas en la persona de Jesús-Cristo**.

Esta unión íntima, absoluta, convertida en **unión eternamente inseparable del Verbo creador de todos los seres con una pura criatura humana**, para poder instruirle públicamente, sufrir y morir en ella, es un **acto del Amor de Dios para con los hombres** tan extraordinario, tan inconcebible y tan por encima de todo entendimiento humano, que de todos los actos revelados a la fe cristiana, es el que ha sido en todos los tiempos y es todavía el más impugnado. Los contemporáneos de Jesús-Cristo, aunque testigos cotidianos de la multitud de brillantes milagros que realizaba ante ellos, solo vieron en él al hombre y negaban su Divinidad. Sus discípulos, sus apóstoles, aunque informados por él y testigos de los mismos prodigios, no le creyeron más que débilmente, hasta que tres días después de su muerte, estando convencidos de la verdad de su resurrección que les había vaticinado, y escuchando sus instrucciones durante cuarenta días, lo vieron subir divinamente al cielo, en su humanidad glorificada.

-3-

De la necesidad de la encarnación divina

¿Es necesario entonces asombrarse, si el hombre actual, que no admite otro testimonio que el de sus sentidos físicos y materiales, niega todavía para su desdicha esta gran verdad? Hay muchos cuya inteligencia está menos cerrada que lo niegan también o que solo lo reconocen, muy débilmente, y más por el sentimiento del deber que la instrucción les sugiere que por la persuasión, porque solo sienten todavía la necesidad de una intervención directa y personal de la Divinidad en el acto de la expiación satisfactoria que el hombre debe a la Justicia divina. Viendo en Dios y en el hombre, caído de su estado glorioso, los dos puntos extremos del orden espiritual, ellos imaginan en las clases angélicas los agentes espirituales intermedios suficientemente puros y poderosos para acercar al hombre a Dios, sin que sea necesario que Dios se someta a la encarnación. La duda y el error de estos solo procede de la ignorancia en la cual están generalmente sumidos los hombres desde hace tiempo sobre la causa ocasional de la creación del universo, sobre las intenciones de Dios en la emanación y la emancipación del hombre, sobre su alto destino en el centro de las especies, y finalmente sobre los grandes

privilegios, el gran poder y la gran superioridad que se le dio sobre todos los seres buenos y malos que se encontraban con él. **Todas estas cosas fueron perfectamente conocidas por los dirigentes de la Iglesia cristiana, por aquellos a los que les estaba reservado el conocimiento casi exclusivamente, durante los cinco o seis primeros siglos del cristianismo**. Mejor instruidos sobre estos puntos importantes, no llegaron a la conclusión de que para rehabilitar a un ser tan grande, tan poderoso, era necesario a Dios mismo. Hay otros también que, reconociendo la necesidad de una gran y santa víctima que se entregase voluntariamente al sufrimiento y a la muerte para satisfacer la Justicia divina, pero reconociendo al mismo tiempo que Dios es impasible en todo su ser, y que la reparación del crimen solo podía ser meritoria si era realizada por un ser de la misma y propia naturaleza del que la había cometido, negaron la Divinidad del Redentor.

-4-

De la muerte de Dios sobre la Cruz

Sí, sin duda, **Dios es impasible, y nada en la naturaleza divina puede sufrir ni morir**; sería una gran blasfemia atreverse a decir lo contrario. Esta es la razón por la que los oradores cristianos se entregan en el púlpito de la verdad a un celo excesivo, a expresiones impropias que les parece dar más energía a sus pensamientos, exclamando a menudo: "Dios murió por los hombres", faltan a su objetivo esencial, ya que no deben esperar convencer a sus oyentes cuando pretenden hacerles creer lo imposible. Porque **en Jesús-Cristo, que reúne en su persona y de una manera eternamente inseparable, la naturaleza divina y la naturaleza humana en su más alto grado de perfección, el hombre puro solo sufre y muere; y con su inteligencia humana, cuando ella abandona su cuerpo, afluye la esencia divina que le está indivisiblemente unida**. El Poder del Verbo de Dios que reside en toda su plenitud en su santa humanidad vela por ella, la sostiene en sus luchas frecuentes y mortales, multiplica sus fuerzas, fortalece su voluntad, su sumisión, su perfecta resignación hasta la consumación de su sacrificio expiatorio, y le asegura el triunfo sobre todos los poderes del infierno desencadenados contra él, dándole todos los honores de la victoria; y como recompensa del buen uso que hizo de sus propios medios y del poder que se le dio, lo resucitó de la tumba, lo glorificó, lo divinizo, lo subió a lo alto de los cielos y le hizo sentarse con él sobre uno de los tronos eternos, y donde confundiéndose, por así decir con él, le establece como Soberano Juez de los vivos y de los muertos, y como el Dios eternamente visible a los ángeles y a los hombres santificados que él reconoce como sus hermanos.

-5-

De la imitación de Jesús-Cristo

Las dos naturalezas que reconocemos en la persona del divino Reparador universal están tan realmente unidas, y aparentemente tan fundidas, que parecen habitualmente operar simultáneamente. Tienen sin embargo cada una su acción propia y diferenciada, que, en muchos casos, actúan separadamente. Es por lo tanto muy importante para el verdadero cristiano que, cuando se le propone una de ellas como ejemplo, **no confundirlas y aprender**

siempre a discernirlas. Este examen solo puede reafirmar la fe de los creyentes, y puede ser especialmente útil a ese gran número de cristianos liberados y despreocupados que, para hacer disculpar su indolencia, no cesan de repetir: "No es posible para el hombre imitar la conducta siempre sabia e irreprensible de un Dios". No, sin duda, **no es posible para un hombre tan débil ser tan perfecto, pero por muy débil que sea, puede esforzarse en imitar, tanto como le sea posible, al hombre puro, unido a Dios, que Dios mismo le propone como modelo.**

-6-

De la unión del Verbo a Jesús

El **divino Reconciliador de los hombres**, el Deseado de las naciones, el Mesías prometido a la fe de Abraham padre de todos los creyentes, vaticinado por Jacob a sus hijos cuando moría, y tan claramente anunciado por un gran número de profetas que se sucedieron los unos a los otros durante una larga secuencia de siglos como debiendo nacer de una virgen de la raza de Abraham y de la familia del rey David, aparece finalmente sobre la Tierra al final del cuarto milenio del mundo, en el tiempo determinado por la Sabiduría increada para la realización de los grandes deseos de su divina Misericordia.

El arcángel Gabriel es enviado por Dios a la Virgen María, en la pequeña ciudad de Nazaret, para anunciarle la gloriosa maternidad por la cual ella está destinada a cooperar en la gran Obra de la Redención de los hombres. La aparición súbita del ángel turba el alma de esta virgen tan pura; su pudor se alarma por la maternidad que le es anunciada, declarando no conocer a ningún hombre. Ella solo da su consentimiento cuando después de haber sido completamente tranquilizada sobre los medios, el ángel le declara que su maternidad sería la obra de Dios mismo por el intermedio del Espíritu Santo, y que su virginidad seguiría estando intacta.

En el instante mismo de su consentimiento comienza la realización el gran Misterio; ya que en ese mismo momento el Verbo de Dios, que es Dios mismo, la segunda Persona y el poder de la Santa Trinidad, presionado por su ardiente amor por las criaturas humanas se une indisolublemente y para toda la eternidad al alma humana, pura y santa de Jesús, que, por amor hacia sus hermanos, y para reconciliarlos con Dios al satisfacer para ellos la Justicia divina, se sacrificó a la ignominia, a los sufrimientos y la muerte.

El Verbo todopoderoso de Dios, a imagen y esplendor del Padre eterno desciende de los cielos para venir a incorporarse con el alma humana de Jesús en el casto seno de la bienaventurada Virgen María, para ser eternamente una sola y única Persona con dos naturalezas distintas. Es en el momento de su consentimiento que el hombre-dios se forma corporalmente en el seno virginal de María, de su pura sustancia, de ese puro limo quintaesencia de la tierra virgen de su madre. **Él se forma allí y se compone, al igual que los otros hombres que vienen para un tiempo sobre la Tierra, de una triple sustancia, es decir de un espíritu puro, inteligente e inmortal, de una alma pasiva en la vida pasajera, y de un cuerpo de materia, pero de materia pura y no manchada** que no procede, como en todos los demás hombres, de la concupiscencia

de los sentidos, por el intermedio únicamente del Espíritu Santo, sin la ayuda de ningún hombre, ni de ningún agente físico de la materia. Es por este prodigio del amor infinito de Dios para su criatura amada y seducida, que ha quedado por su crimen para siempre esclava y víctima del Demonio, que se realizó el inefable e incomprensible misterio de la encarnación divina para la redención de los hombres, por Jesús-Cristo nuestro único Señor y Maestro, que quiso, para garantizar el efecto, reunir en él por una unión indisoluble la naturaleza humana del prevaricador y su propia naturaleza divina.

-7-

De la naturaleza cuaternaria de Jesús-Cristo

Hemos reconocido que el animal en bruto es un compuesto binario de un alma, vida pasiva y pasajera, y de un cuerpo de materia que desaparece completamente después del tiempo que le estaba prescrito; que **el hombre es, durante su estancia pasajera sobre la Tierra, un compuesto ternario: compuesto de las dos sustancias pasajeras que acabamos de citar que lo constituyen como un animal en bruto, y de un espíritu inteligente e inmortal por el cual es realmente imagen y semejanza divina**. Pero **en Jesús-Cristo hombre-Dios y divino se encuentra durante su vida temporal sobre la Tierra un conjunto cuaternario que lo distingue eminentemente de todas las criaturas, es decir: las tres sustancias que acabamos de mencionar en el hombre temporal, más el Ser mismo de Dios que se unió para la eternidad al ser inteligente e inmortal del hombre, para formar un ser único y una única Persona con dos naturalezas.**

Él, que por esta unión tan gloriosa podría haber nacido a su elección en la familia más opulenta, en el seno de los poderosos, sobre el trono más brillante, prefirió nacer en un establo, en una familia desconocida y pobre, con una profesión abyecta, más expuesto a los menosprecios y a las humillaciones que acompañan generalmente a la indigencia. Es bien evidente por todo esto que desde su venida al mundo quiso ser el modelo y la consolación de los pobres, que quiso al mismo tiempo inspirar el menosprecio por las riquezas y hacer sentir a los que las poseían los grandes peligros a los que se exponen todos los que no hicieran el uso prescrito por su moral y por sus preceptos.

-8-

De los Nombres otorgados al Mesías

Veamos ahora en los santos Evangelios que hablan del divino Mesías si Él se presenta a los hombres cómo los Evangelistas lo denominan y lo califican, y cómo se califica a sí mismo. Nosotros encontramos, a partir de nuevos informes, un nuevo fondo de instrucciones con la confirmación de lo que dijimos anteriormente sobre este tema tan importante. Lo venimos denominando como ***Jesús*** o *el* ***hijo del hombre;*** como ***Dios-hombre*** u ***hombre-Dios***, y finalmente como *el* ***Hijo de Dios*** o ***Jesús-Cristo***.

Estas distintas denominaciones que están aplicadas al mismo ser pueden parecer a primera vista casi sinónimos, pero sin embargo no lo son, ya que presentan sentidos diferentes que es necesario no confundir, puesto que son relativos a las dos naturalezas distintas que se encuentran unidas en un único y mismo ser. Un examen reflexivo de sus acciones durante su vida temporal demuestra esta verdad.

En efecto, vemos en **Jesús** al **hombre puro y santo que tiene un sublime destino, prescindiendo de la Divinidad que reside en Él, pero que no está todavía manifestada**. **En el hijo del hombre vemos la misma naturaleza humana.** Él se califica así porque quiere ocultar a los Judíos y a los Demonios su Divinidad, presentándose a ellos como un descendiente de Adán, padre común de todos los hombres, y manifiesta no ser más que el hijo de José hasta que el gran misterio de la encarnación sea revelado a los hombres. **En el hombre-Dios, es el hombre puro y santo, en el que la acción parece prevalecer sobre la de la Divinidad que se vela en Él**. **En el Dios-hombre es lo contrario, la acción divina es la que se muestra predominante sobre la del hombre. En el Hijo de Dios**, esta es la cualidad esencial que el arcángel anunció a María, su encarnación, **es la Divinidad que se manifiesta con todo resplandor por medio de su santa humanidad.** Finalmente **en Jesús-Cristo, es el hombre-Dios y divino, son las dos naturalezas unidas en un sólo y mismo ser que operan juntas bajo una forma humana, las acciones reunidas que pertenecen a cada una ellas.**

En general Jesús, desde su nacimiento hasta el bautismo en el Jordán, en la tentación del Demonio que él sufre en el desierto, en su agonía en el Jardín de los Olivos, en todo el curso de su Pasión sobre la Cruz, solo representa al hombre puro, santo y perfecto, enteramente sacrificado a la Justicia divina y abandonado a él mismo, a su libre albedrío. **La Divinidad que reside esencialmente en Él aparece y suspende su acción para dejar a su santa humanidad todo el honor de la victoria reparadora, sin separarse de Él un solo momento.**

Se sitúa como **espectador del gran combate**, y **lo sostiene durante toda su duración con su presencia. Es ahí donde el hombre-Dios, así abandonado, es realmente el modelo realizado de todos los hombres.**

Pero cuando Jesús-Cristo comienza su misión, al ruego de su madre que está presente con él en el festín de las Bodas de Canaán, transforma el agua en vino; en el desierto y sobre las montañas multiplica algunos panes y algunos peces en una cantidad suficiente para alimentar entre 4000 y 5000 personas extenuadas de hambre y que lo que queda en pedazos recogidos después de haberlos satisfecho a todos, da para llenar más cestas de las que tenían antes de la distribución; cuando Él fuerza a los demonios a obedecer sus órdenes y abandonar inmediatamente los cuerpos de los pecadores que estaban poseídos; cuando ordena como dueño y Señor al mar, a los vientos y a la tempestad que se calmen, y le obedecen; cuando hace llevarle en su cama a la paralítica que, desde hace 38 años, esperaba vanamente cerca de la piscina la ayuda del ángel y su curación; cuando le revela el fondo de los pensamientos más secretos a la mujer de Samaria y de muchos otros; cuando resucita al hijo de Jairo, el único hijo de la viuda de Naim que estaba enterrado, y más particularmente aún a Lázaro, este hermano amado de

Marta y María, a quien Jesús amaba, que, desde hacía cuatro días, estaba enterrado en el sepulcro y cuya carne corrompida ya extendía una gran infección, y que, sin embargo, a su orden, salió del sepulcro y caminó delante de todas las personas, con las piernas y las demás partes del cuerpo vendadas con tiras de tela; cuando se le ve realizar todas estas cosas y una multitud de otras tan extraordinarios, ¿quién podría dudar que es el Verbo todopoderoso de Dios el que habla y controla toda la naturaleza por la boca del hombre-Dios?

-9-

De la vida temporal de Jesús-Cristo

Habiendo diferenciado en él las dos naturalezas indivisiblemente reunidas en una sola y única persona, percibimos rápidamente las principales circunstancias de su vida temporal; ellas completarán nuestra instrucción.

Jesús niño, adolescente y hasta la edad de 30 años, no parece ser más que un hombre ordinario, distinguido únicamente por una sabiduría por encima de la de su edad, por su docilidad y por su sumisión hacia sus padres. Se somete a todos los trabajos, a todas las fatigas y a todas las necesidades de la vida común.

Alcanzada la edad de los 30 años, momento en el cual debe comenzar públicamente su misión reparadora y la instrucción de sus discípulos, después de haber sido bautizado en el Jordán por Juan que le reconoce y le proclama como el **Mesías prometido**; su Divinidad se manifiesta por primera vez por la bajada del Espíritu Santo que se viene a posar en él, y por las brillantes palabras del Padre Celestial que lo declara como su hijo bien amado *“en el cual ha depositado todo su afecto y ordena a los hombres que le escuchen*”. Por lo tanto, comienza su misión divina.

Se retira al desierto para prepararse como hombre orando y con un ayuno riguroso durante 40 días. Durante esos 40 días sufre el hambre, necesidad humana que demuestra claramente que era su pura y única humanidad la que se preparaba así rigurosamente para los actos importantes que debía realizar.

El momento donde se prueba esta necesidad física de su humanidad es el instante mismo en que el Príncipe de los Demonios aprovecha para tentarlo en todo su ser, es decir en las necesidades físicas de su cuerpo, en la vida pasiva y pasajera de ese cuerpo, y en su naturaleza activa y espiritual, para aclarar las sospechas que tiene sobre la verdadera naturaleza de Jesús y asegurarse de si la Divinidad residía o no residía en él, y finalmente si era o no el Mesías prometido; Misterio que la Sabiduría Divina quería ocultar al Demonio, lo que pudo realizarse enteramente.

Es necesario observar aquí cuidadosamente las tres distintas clases de ataques que el Demonio lleva astutamente sobre las tres partes componentes del hombre físico. Primeramente, ataca a Jesús en **su forma corporal** en relación con sus necesidades, diciéndole sobre la cumbre de la montaña: “si eres Dios, haz que estas piedras se conviertan en panes”. La segunda vez, después

de esta inútil tentativa, le ataca en **su vida pasiva, animal y corporal**, diciéndole sobre la cumbre de la montaña: “si eres el hijo de Dios, tírate abajo, Él hará que no te hagas ningún mal”. Por tercera vez, después de este segundo ataque que él rechaza como el primero, dirige el tercer ataque, que es el más importante, sobre el **ser espiritual de Jesús**, diciéndole: “Si te postras ante mí y me adoras, te daré todos los reinos del mundo que estás viendo, y que me pertenecen”.

Esta manera de actuar del **Demonio** es siempre la misma, **siendo por su forma corporal que ataca al hombre**. Busca seducirlo por los sentidos materiales, por el amor a la vida animal y pasajera, y por su afecto animal y sensible. **Son las puertas por las cuales busca introducirse en él para después atacarle con más éxito en su ser espiritual**.

El hombre-Dios soporta estos tres ataques por la fuerza de su pura voluntad humana recibiendo en seguida la recompensa puesto que los ángeles vinieron a servirle. Su victoria sobre el Demonio nos recuerda la derrota del hombre primitivo en una situación similar. **Jesús, segundo Adán, hizo aquí lo que el primero, dejado a su libre albedrío, debió hacer y no hizo.**

Nosotros sufrimos todas las desastrosas consecuencias de la caída del primero, y todos los saludables efectos de la firme voluntad reparadora del segundo.

-10-

Del primer y del segundo Adán

Se había dotado al **primer Adán**, como imagen y semejanza divina, como representante de la Divinidad en el universo creado; había sido dotado de toda la fuerza, de todas las virtudes y de todos los poderes necesarios para cumplir su misión. El principal objetivo de esta misión era el de luchar contra el principio del mal, de contenerlo en los límites que la Justicia divina había prescrito a su acción perversa, y de estrecharlo tanto en sus límites que se viera obligado a reconocer su inferioridad y su dependencia original del divino Creador en todo aquello donde pretendía ser su igual, y de reconocer al mismo tiempo la superioridad del hombre sobre él y sobre todos sus acólitos, lo que habría destruido el Mal por el arrepentimiento de aquel que lo había creado y dado a luz. Es este el gran objetivo de la Misericordia divina sobre los primeros culpables, que la prevaricación de los hombres se destruyese.

El segundo Adán en Jesús-Cristo, como hombre puro que no participó en esa prevaricación, ni en los vicios de la concepción de las formas corporales que infectaron toda su posterioridad, había sido dotado no sólo de las mismas fuerzas, virtudes y poderes que el primero, además estas habían sido eminentemente fortificadas en él por la unión íntima y eterna que el Verbo divino hizo de su propia naturaleza con la del hombre para garantizar el pleno éxito de su misión reparadora.

-11-

Del sentido de los milagros de Jesús-Cristo

No repetiremos aquí el relato de los hechos particulares de la vida pública de Jesús-Cristo, la lectura de los santos Evangelios los hace ser suficientemente conocidos; ellos no dejan ninguna duda sobre su Divinidad, puesto que ella se manifiesta en él en todo momento, por una multitud de milagros muy brillantes.

Debemos sin embargo señalar que al realizar estos hechos tan extraordinarios que debemos atribuir esencialmente a la Divinidad que reside en él, **él quiere hacer saber a sus discípulos que hay un gran poder innato en el hombre reconciliado**, **por el cual el hombre puede realizar también estos hechos extraordinarios cuando se une Dios por una fe viva**. Ya que, viendo a sus Apóstoles sobrecogidos de asombro y admiración a la vista de los brillantes milagros que realiza, les acusa de falta de fe, y les dice que si ellos tuviesen la fe necesaria harían los mismos prodigios e incluso mayores; esto no lo podría haber dicho si este poder no fuera innato a la naturaleza del hombre; **este poder jamás había sido reconocido en los ángeles al no ser estos más que los Ministros de la Voluntad de Dios en los casos particulares donde Él los utiliza**.

-12-

De la revelación progresiva de Jesús-Cristo

Se asombra uno leyendo los santos Evangelios al ver los cuidados y las precauciones que toma Jesús para ocultar su Divinidad y **mostrarse solamente como el hijo del hombre**, y buscamos los motivos.

La encarnación del Verbo de Dios unido a la naturaleza humana y el advenimiento temporal del Mesías fueron así claramente predichos por el propio Isaac y por muchos otros profetas; los hombres esperaban su realización, pero olvidando que había una víctima sacrificada voluntariamente a una muerte violenta e ignominiosa, por la cual debía operar la reconciliación del género humano. El Demonio no podía ignorar esta promesa, ni las consecuencias humillantes que, para su orgullo, debería producir. Él temía esta realización que debía arrancarle tantas víctimas de su furia y preservar a muchos otros. Tenía por lo tanto un gran interés en hacer fracasar la profecía y empeñó todo su poder para que el Cristo fuese muerto; si Jesús, desde el principio, desde el comienzo de su misión, se hubiera declarado públicamente como el hijo de Dios probándolo a todo el mundo, convenciéndolos públicamente por sus milagros de quién era realmente, ¿cuál hubiese sido el poder humano que se habría atrevido y habría podido condenarlo a la muerte? Y no muriendo, ¿qué hubiese acontecido entonces de la Redención prometida por su muerte? Era necesario por lo tanto, para que muriera, que fuera desconocido. Es por esto por lo que el Demonio buscaba aclarar sus dudas, sus sospechas sobre su doble naturaleza, y si lo persiguió, si lo hizo a continuación condenar a una muerte ignominiosa, sólo fue por un menosprecio de su parte, al considerar a Jesús-Cristo como un hombre puro

en el que la doctrina, la santidad y el poder de sus acciones humanas, le hacía ser aclamado en masa por sus partidarios.

Pero como **la Divinidad de Jesús-Cristo era el dogma fundamental de la santa religión que venía a establecer**, **y la prueba de la verdad de su doctrina**, hizo que el dogma de su Divinidad fuera también declarado y probado por él mismo para producir la convicción de todos aquellos a los que el Padre celestial se lo había proclamado, y que debían ser salvados por la fe en él. Esto también es lo que hizo. Si, al principio de su misión, puso alguna reticencia en los consentimientos que se le demandaban sobre este punto tan importante, era para enseñarnos que **la Verdad solo se presenta a las almas puras, y que solo puede entrar en los corazones dispuestos a recibirla.** Es por esto por lo que hace preceder la declaración, el consentimiento formal de su divinidad, para la enseñanza de su doctrina que disponía a los espíritus a creerle; y en el momento en el que multiplicó sus discípulos por el gran número de los milagros que hacía y por el atractivo irresistible que les inspiraba su doctrina, ya no disimula su Divinidad, la declara incluso ante sus enemigos mortales que aprovechan la ocasión de estas declaraciones para perseguirlo más violentamente, para jurar su perdición y para hacerlo condenar a muerte.

Es por esto que pasan a ser, por su ignorancia y su maldad, los ciegos instrumentos de la realización de los decretos divinos para la redención de los hombres.

-13-

De la Cena Pascual

Una vez que acabó el tiempo de la misión temporal de Jesús-Cristo, se prepara para su vuelta hacia su Padre; pero antes, quiso hacer con sus apóstoles la última Cena pascual que deseaba con tanto ardor hacer con ellos, y en la que estalla al mismo tiempo la Todopoderosa Divinidad en el amor más inconcebible de Dios para con los hombres. **Él quiere, dejándolos, seguir morando en ellos y darse a ellos en las dos naturalezas divina y humana que se unen en él; ya que en el sacramento de su cuerpo y su sangre se da verdaderamente y enteramente a ellos y a todos los que participaren con fe hasta el fin del mundo.**

La verdad de este augusto sacramento fue a menudo, y lo es todavía, violentamente atacada. Es el fruto del orgullo que quiere razonar donde el débil raciocinio humano debe callar, del orgullo que quiere someter a los sentidos físicos materiales lo que solo puede ser conocido por la inteligencia pura iluminada por la fe. Compadezcamos la suerte funesta de los jefes de las sectas cuyo orgullo hizo tanta devastación en el campo de la verdad. Compadezcamos también a aquéllos que adoptaron como maestros de los hombres a los que debían ser tanto más sospechosos que los que no disimulaban el despecho y el orgullo que les dirigían en sus divergencias; ¡pero seamos clementes y roguemos para los que, permaneciendo de buena fe en el error, conservan la fe y el amor en Jesús-Cristo! Esperemos así mismo que, como él mismo dijo, no perezcan, y que el amor y la fe que conservan por él les salve.

De todas las sectas cristianas que atacaron la verdad de este sacramento, la más inconsecuente y la más culpable es la que no quiere admitir que la conmemoración de la Santa Cena se basa en las palabras de Jesús-Cristo: *"Haced esto en conmemoración mía"*. Si hubieran aportado un poco de buena fe en el examen de lo que se están temerariamente permitiendo, pronto habrían reconocido que ponían a Jesús-Cristo en una evidente contradicción con él mismo, ya que no niegan que Jesús-Cristo dijo en términos formales: ***"Este es mi cuerpo que será entregado por vosotros. Esta es mi sangre que se derramará para el perdón de los pecados: tomad y comed, tomad y bebed todos"***. ¿O es que a los apóstoles, que eran los únicos presentes en la Cena, les dieron a comer el verdadero cuerpo y beber la verdadera sangre? Lo cual nos dice que esta interpretación está probada. Dijo además: "***Mi carne es verdaderamente una comida, mi sangre es realmente una bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él***"; y sin embargo, si los apóstoles, como únicos asistentes en realidad, pudieron únicamente ellos comer su carne y beber su sangre, y no hay ya para nosotros más que una simple conmemoración de esa realidad, todos los hombres, excepto los apóstoles, deben renunciar a ver jamás a Jesús-Cristo morar en ellos, y a morar en él mediante este banquete real. ¿Es esto concebible? ¿Podría jamás creer alguien de buena fe que él haya querido hacer promesas tan deliberadas, dar a los hombres, con los que quiere vivir hasta el fin de los tiempos, esperanzas tan consoladoras, para equivocarlos en su espera por un imposible que les habría impedido su realización? Además, él dice incluso en otra parte: ***"si no comen la carne del hijo del hombre y si no beben su sangre, no tendréis vida en vosotros, ni tendréis parte conmigo"***. He aquí una maldición eterna, formalmente pronunciada contra el que no coma su carne y no beba su sangre.

Es que, este Dios pleno de amor y misericordia por mí, que quiere sufrir y morir en su carne por mí, ¿me entregaría a una condena eterna por no hacer eso de lo que no me ha dejado ningún medio para hacerlo?

Esto es algo inconcebible de imaginar. Y sin embargo, si no hubiera establecido entre los sucesores de sus apóstoles un medio de perpetuar la consagración real del pan en su cuerpo y del vino en su sangre como hizo él mismo en su presencia, inevitablemente, con esto, estaríamos condenados a la maldición eterna, ya que jamás la conmemoración de un acto tan augusto, tan importante, que sus sectarios substituyen a su modo, no hubiese podido sustituir el banquete real que expresamente les recomendó. El error de estos hombres orgullosos tiende obviamente a hacer al hombre eternamente infeliz por la injusticia de Dios, que le habría exigido un imposible.



-14-

De las tres prosternaciones en el Jardín de los Olivos

Después de esa cena tan memorable, en la que el Amor y la Omnipotencia divina se manifestaron con tanto resplandor en la persona de Jesús-Cristo, y en la que terminó la instrucción de sus apóstoles con ese discurso tan sublime en el que les revela, lo más claramente que jamás había hecho, su propia divinidad oculta en su humanidad, los sufrimientos, las ignominias y la muerte a la cual iba a ser sometido por la traición de uno de ellos, su resurrección gloriosa tres días más tarde, las grandes esperanzas que ellos debían concebir, y finalmente la **perfecta y eterna glorificación de su humanidad**; le siguen en el Jardín de los Olivos, le siguen en esa agonía mortal durante la cual hace el total sacrificio reparador de su voluntad humana que debía preceder al sacrificio de su vida misma, por la muerte que él sufrirá al día siguiente.

Es ahí donde vamos a encontrar solo a Jesús, pareciendo abandonado del Cielo y de la Tierra, abandonado de sus discípulos amados a los que acababa de llamar sus amigos, que permanecieron sumidos en una profunda somnolencia cuando tiene la mayor necesidad de su ayuda, del consuelo de su amistad. Cuando él les reclama con una ternura tan conmovedora, al confesarles que su alma está llena de una profunda aflicción y que está abrumada por una tristeza mortal, es ahí donde **le vamos a encontrar solo, dejado a su libre albedrío, a la sola voluntad del hombre puro, independiente del ser íntimamente unido al Verbo divino que reside en él, que conforta a su humanidad**, pero donde su acción parece suspendida durante el terrible combate que va a librarse, **para dejar al hombre-Dios el honor y los frutos del triunfo**.

Jesús-Cristo, en este estado prosternado en tierra para rogar a su Padre, se ve la víctima sacrificada, y viene a ofrecerse para consumar este sacrificio; pero su presencia divina muestra a su humanidad de cuántos dolores, humillaciones e ignominias, su muerte debe ser precedida. Su humanidad se aflige, se asusta, y grita: *"Padre mío, si es posible, haz que esto pase lejos mí"*. He aquí el grito de la repugnancia natural del hombre hacia los sufrimientos y la muerte; pero la sumisión, la resignación del hombre puro retomando rápidamente su misión, le hace gritar de nuevo: *"que sea sin embargo no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres"*. Se levanta para ir hacia sus discípulos que se encuentran dormidos cerca de él. Viene a prosternarse una segunda vez, abrumado de la misma tristeza, sintiendo la misma repugnancia, haciendo la misma demanda, pero sometiendo su voluntad a la voluntad de Dios. Se vuelve hacia sus discípulos a quienes encuentra en el mismo estado, y volviendo de nuevo a prosternarse por tercera vez, hace el mismo ruego, formula el mismo deseo y se somete con la misma resignación. Sus fuerzas humanas se agotan por tan grandes esfuerzos, un sudor de sangre cubre su cuerpo y fluye hasta el suelo, pero el sacrificio de su voluntad, de esta voluntad tan activa, tan poderosa en el hombre puro es aceptado; y se le envía un ángel para confortarlo, para fortificarlo.

Este descenso del ángel, esta ayuda que le es enviada, ¿no prueba obviamente que, en este terrible combate, era su sola humanidad la que actuaba para soportar la carga, y que el poder divino de Jesús-Cristo estaba en esos momentos separado?

Era necesario así, y esto no podía cambiarse. El hombre primitivo, Adán, habiendo traicionado y derribado por el abuso de su libertad y por el mal uso que había hecho de su voluntad y de todas sus facultades, todos los planes de la Misericordia sobre los primeros culpables, había provocado contra él mismo los rigores de la Justicia divina. Este abuso de su libertad y de su voluntad solo podía ser reparado por un ser de la misma clase, de la misma naturaleza, por un hombre puro, aceptado como víctima, y donde la perfecta sumisión pudiera aplacar y satisfacer a la Justicia divina. La unión del Verbo divino con este hombre puro que aseguraba el éxito del sacrificio sin disminuir en ningún caso el mérito de la voluntad de la víctima que lo hacía, garantizaba al mismo tiempo el perdón y el indulto del género humano. Así, **no dudemos de que en todo lo que pasó en el Jardín de los Olivos, es el hombre solo el que hizo lo que Dios quería de él y se somete. Por si no lo sabemos suficientemente, Dios es impasible, y Él no puede ni sufrir ni morir.**

Pero antes de dejar el Jardín de los Olivos, consideremos las circunstancias dignas de la mayor atención para la instrucción del hombre.

El hombre primitivo, el primer Adán, había prevaricado y había consumado su crimen por el abuso de las tres facultades intelectuales de Pensamiento, Voluntad y Acción. **Ultrajó al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo que son conjuntamente un único Dios**. Era necesario de un segundo Adán, para que el hombre-Dios reparase estas mismas ofensas por las mismas vías y en las mismas proporciones. **Esto explica por qué el hombre-Dios Reparador hace tres prosternaciones diferentes con las mismas angustias, haciendo el mismo ruego y mostrando siempre la misma resignación, y es también porqué el sacrificio de su voluntad solo se acepta después de la tercera, y que es sólo entonces cuando recibe el testimonio del ángel que se le envía para confortarlo y fortalecerlo.**

-15-

De la Pasión

Tan pronto como el hombre-Dios consumó el sacrificio de su voluntad, se reanuda la calma y la serenidad del hombre puro, que tan perfectamente se sometió a la voluntad de Dios. Es con esta calma que va a encontrar a sus discípulos, que los invita a descansar, y que va al encuentro de los que, conducidos y llevados por el traidor Judas, vienen a prenderlo. Es siempre el hombre puro y que actúa libre y voluntariamente, el que se muestra en el resto de su Pasión. Sin embargo aquí su Divinidad se manifiesta un momento al hacer retroceder y caer por tierra a los soldados que vienen a prenderle, cuando, después de haberles preguntado: *"¿A quién buscáis?"*, les responde: *"Yo soy"*. La fuerza divina de esta palabra los llena de terror y los derriba al suelo, pero los tranquiliza, porque quiere sufrir y morir.

Esta circunstancia solo tiene el sentido de hacernos ver que si hubiese querido lo habría podido evitar como había hecho otras veces; pero su hora había llegado, no se resiste y se entrega voluntariamente.

No lo seguiremos en todas las otras circunstancias de su Pasión, ni en el suplicio de la crucifixión; los evangelistas lo han dicho todo, es suficiente leerlos para admirar en cada momento su paciencia y su perfecta entrega. **La víctima se sacrificó sin reserva; todo el resto de su Pasión no es más que la consecuencia de su sacrificio**. Se le ve sobre la Cruz, como en el Jardín de los Olivos, **siempre un hombre puro**, consolidado hasta el final por su unión con el Verbo, pero **siempre dejado a su propia voluntad, para que pueda merecer por ella, hasta la consumación del sacrificio, la glorificación que este sacrificio asegura a su santa humanidad**. No quiere que nosotros podamos dudar de este abandono, incluso antes de expirar, grita dolorosamente: *"Padre mío, Padre mío, ¿por qué me has abandonado?"* Sin embargo, como no quiere tampoco que pensemos que sobre la Cruz, como antes, su Divinidad está separada de su humanidad, manifiesta aquí su Divinidad prometiendo para ese mismo día un lugar en el Paraíso al criminal arrepentido que está crucificado a su lado. ¿Quién otro sino Dios podía hacer esta promesa?

La gran obra de la redención del género humano estaba consumada, el hombre-Dios expira sobre la Cruz. En ese mismo instante, la naturaleza entera parece turbarse, los prodigios estallan en todas partes y de una manera tan sorprendente y tan general, que un filósofo pagano que los observa en su región escribe: *"El creador de la naturaleza sufre en este momento o el universo entero va a disolverse".*

- 16 -

De Pilatos, tipo de cobardía

Entre las causas secundarias que contribuyeron más o menos a la realización del decreto divino de la redención de los hombres por la muerte de Jesús-Cristo, el principal es la incuestionable conducta criminal, inicua y escandalizante de Poncio Pilatos, gobernador de Judea por los Romanos, la que merece de nuestra parte la más seria atención, no por las grandes consecuencias que resultaron entonces, ya que en ellas estaban todas las intenciones del Amor infinito para los hombres, sino por causa del ejemplo escandaloso que ha dejado a ese gran número de cristianos débiles e hipócritas que diariamente, casi por costumbre, como sin remordimiento, se rinden cobardemente y le imitan.

Pilatos, revestido de la autoridad del príncipe que representaba, era el encargado de hacer la justicia que debía a todos, después de haber escuchado las denuncias y las acusaciones que dirigían tumultuosamente contra el hombre-Dios los sacerdotes y los jefes de la nación judía que le pedían su muerte, con un tono de acidez y de importancia que revelaba su verdadero motivo, y que no dejaba dudas de que era solamente por el odio y los celos por lo que solicitaban tan ardientemente su condena; después de haber oído a los testigos sobornados cuyos testimonios se reconocen vagos y demasiado poco importantes, y después de haber preguntado en varias ocasiones al hombre-Dios y haber admirado la sabiduría de su conducta, sus respuestas, su silencio mismo, cuando no cree deber responder a algunas preguntas, lo declara inocente de las acusaciones llevadas contra él; y sin embargo, por una inconsistencia inconcebible, creyendo seguramente calmar por su cobarde complacencia la furia de sus enemigos, lo

condena a una ignominiosa flagelación, que era en algunos casos el castigo de los esclavos; pero esta condena no podía satisfacer a la justicia, puesto que Jesús, que él juzgaba inocente, no era esclavo, y el odio de sus enemigos que exigían su muerte solo fue un medio cobarde y violento empleado por un juez inicuo que quería transigir con su conciencia.

Después de esta sangrienta flagelación, Pilatos presenta Jesús a sus enemigos, diciéndoles: *"Ecce homo"*, y cree desarmar su odio por el triste espectáculo que ofrece a sus ojos; pero se equivoca, ya que le piden a grandes gritos su muerte. Pilatos, que desea salvarlo, se acuerda que debe a la nación, en tiempo de Pascua, la entrega de un preso, y propone al pueblo reunido la entrega de Jesús; pero los sacerdotes y los jefes excitan al pueblo a pedir que Barrabás les sea entregado y que Jesús sea crucificado. Ellos amenazan incluso con acudir al César si persiste en rechazar su demanda. Pilatos es frenado, como todos los ambiciosos en casos similares, por las consecuencias de esta amenaza, a sus instancias, aunque se convence de la inocencia de Jesús, y desprecia la advertencia que recibe de su mujer que le invita a no tomar parte alguna en el asunto de este Jesús perseguido, al revelarle que ha sido atormentada por este asunto en un sueño que tuvo la noche anterior. Se hace traer agua para lavarse las manos declarándose inocente de su muerte, y después de esta ridícula demostración de equidad, lo condena y lo entrega a los Judíos para crucificarle. Sus soldados lo agarran enseguida y lo llevan sobre el Calvario. Allí es crucificado, y algunas horas después, expira sobre la Cruz.

Cristianos equivocados, cobardes esclavos del respeto humano que no tenéis en cuenta vuestros primeros deberes hacia Dios y la religión santa que decís profesar, que le sacrificáis sin cesar por el deseo de agradar al mundo y que seguís las máximas que enrojecen los preceptos, los consejos, las máximas del Evangelio y descuidáis incluso el conocerlos, estudiarlos, considerándoos más libres en vuestra ignorancia y al rigor y al deber de llevarlos a la práctica: ved en Pilatos el cuadro verdadero de vuestra conducta habitual, de las malas disposiciones de vuestro corazón, y enrojeced vosotros mismos, si no estáis todavía completamente corrompidos.

Defendidos durante el primer tiempo de vuestra vida por los principios de la educación cristiana que habéis recibido, habéis luchado algún tiempo contra el torrente de incredulidad que inunda el mundo, halagados quizás de poder resistir siempre; pero pronto vuestras pasiones se despiertan, la ambición, el amor por una inútil gloria y por los honores momentáneos que ella puede a veces daros, se apoderan de vosotros. La sociedad de los semicientíficos, casi todos infectados del veneno de la incredulidad, pasa a ser por gusto y por elección la vuestra, y su doctrina impía y peligrosa acaba con vuestra derrota. Si vosotros no osáis todavía a renunciar abiertamente a los actos públicos del cristianismo, que se realizan lo más raramente posible y siempre examinando con cuidado qué grado de consideración podéis adquirir o conservar con la compañía más o menos aconsejable a la cual os asocies para esos actos; ya que no es más a Dios a quien vuestros pensamientos y acciones se refieren, es al mundo únicamente, y vosotros no os comportáis más que mecánicamente y por un resto de costumbre en sus actos religiosos.

Hipócritas, ¿dónde está la promesa que hicisteis a Dios en el bautismo, o que se hizo entonces en vuestro nombre y que ratificasteis vosotros mismos? Vosotros os podéis hacer ilusiones, pero ¿puede equivocarse aquel que es la Luz y la Verdad misma, que investiga los corazones y lee los pensamientos más secretos? **Él os pide un culto puro y sincero al cual todos los poderes y las facultades de vuestro ser deben contribuir. Quiere ser adorado en espíritu y en verdad**, y vosotros solo respondéis por ridículos remilgos. ¡Ah!, temblad y temed que no realice contra vosotros la amenaza terrible que ha hecho a vuestros semejantes*: "cualquiera,* dice*, que se declare contra mí delante de los hombres, yo me declararé contra él delante de mi Padre que está en el cielo"*. Rogadle desde lo más profundo de vuestro corazón, para que las reflexiones que se os presentan aquí germinen en el vuestro, y os hagan tomar firmes resoluciones contra el maldito respeto humano que os perdería infaliblemente.

Firme e invariablemente reconocemos la unión íntima, perfecta y jamás indivisible que se hizo en Jesús-Cristo desde el instante de su concepción en el seno de la Virgen María, de la naturaleza divina increada con la naturaleza humana creada; y si lo que dijimos anteriormente podía dejar la menor duda sobre nuestra firme creencia, sólo sería por expresiones mal elegidas o mal interpretadas que sería necesario rectificar.

Después de haber considerado la excelencia original del hombre primitivo, su alto destino, el gran poder y autoridad con que fue revestido para poder realizar las intenciones del Amor y de la Misericordia divina en favor de los primeros culpables, y habiendo visto a continuación volverse todos estos potentes medios inútiles por su prevaricación, reconocimos la necesidad de la unión de las dos naturalezas en Jesús-Cristo, para hacer infalible el éxito de la reparación universal de la que él se había encargado. Unión necesaria para hacerlo invencible en la consumación del sacrificio que tenía que hacer, sometiéndose voluntariamente a la furia de sus enemigos, a las ofensas, a las humillaciones más repulsivas y a la muerte más ignominiosa, sin debilitar el mérito de la voluntad humana que estaba de acuerdo en sacrificarse. Nosotros hemos reconocido también que **las dos naturalezas, aunque siempre unidas en Jesús-Cristo, sin embargo, operan cada una indistintamente, sin confusión y en algunas veces conjuntamente, su acción particular, según los casos y las circunstancias**. Por último, reconocimos que aunque las dos naturalezas estuvieran siempre unidas y existentes en Jesús-Cristo sin que él pudiera hacer ninguna separación real, **la acción de su Divinidad se muestra tal como suspendida en él, y hasta cierto punto separada, en algunas circunstancias de su vida temporal**. Vimos esta suspensión especialmente marcada durante la tentación que sufrió en el desierto, después de un ayuno de 40 días. Nos pareció incluso más sorprendente que esta angustia, esa tristeza mortal que tuvo en el Jardín de los Olivos y en la noche de la Pasión, hasta su muerte sobre la Cruz. **Es en esos terribles combates cuando pareció totalmente abandonado a él mismo, a su libre albedrío, a su sola voluntad de hombre, siempre consolidada en él por la presencia del Verbo, que le deja, hasta el final del combate, el mérito de la victoria sobre la muerte, y el triunfo más completo sobre los poderes del infierno desencadenados contra él.**

-17-

De los sublimes trabajos de amor de Jesús-Cristo

Pero Jesús-Cristo, habiendo muerto vencedor, recupera inmediatamente los derechos de la unión inalterable de la naturaleza divina y la naturaleza humana glorificada en su persona. Su alma pura y santa unida al Verbo todopoderoso desciende a los infiernos, a esos lugares de horribles privaciones, a esos lugares donde la multitud de los hombres precedentes, extraviados por la seducción del Príncipe del mundo que les había hecho realizar crímenes sobre crímenes, gemían bajo la más terrible tiranía. Es a esos infelices oprimidos a los que lleva las primeras ayudas de la redención general del género humano. Va a esos lugares oscuros esclavizados para siempre por el poder del que pretendía ser su igual, y para probarle su inferioridad y su dependencia, les arranca a las víctimas de su maldad contra el hombre y de su furia contra Dios. Devuelve a esas infelices víctimas la libertad de utilizar incluso contra él la voluntad que había encadenado a la nuestra, y de poder recoger incluso el fruto de la redención.

Después de esto, va a purificar los círculos de expiación y purificación, esos lugares donde los hombres menos culpables, que habían conocido y habían adorado a Dios creador de todas las cosas, expiaban penosamente sus extravíos temporales y sufrían el dolor debido a la prevaricación de su padre temporal, y de su descendencia. Él les consuela, les fortifica al mostrarse ante ellos como vencedor de su enemigo, y les muestra el final de sus dolores cuya duración abrevia.

Va finalmente a mostrarse a los patriarcas y a todos los justos que habían esperado sobre la tierra con fe y esperanza el día que vendría a resplandecer ante ellos, ese día feliz que Abraham lleno de fe había visto y había deseado con calor. Les conforta por tan larga espera, y para recompensar su fe, rompe las barreras de esos lugares de cautiverio que llamamos Limbos y les conduce en triunfo, perfectamente reconciliados, a esos lugares de descanso y de beatitud temporal, donde todos felices y reconciliados, esperarán en paz el fin de los tiempos, para ir a continuación, benditos del Padre, a gozar eternamente de su santificación, en esta bienaventurada inmensidad donde la sangre de Jesús-Cristo les abrió la entrada.

Es en estos grandes y sublimes trabajos del Amor y de la Misericordia divina en los que Jesús-Cristo, vencedor de la muerte y de Satán, empleó los tres días que estuvo en el sepulcro, esos tres días durante los que permaneció ignorado e invisible a todos los hombres de la tierra.



-18-

De la resurrección y de los cuerpos gloriosos

Pero en cuanto el tercer día comienza, **resucita gloriosamente de la tumba por su propio poder divino, y comienza a mostrarse a los que había amado lo más tiernamente posible, bajo una nueva forma corporal, en todo semejante a aquella en la que había vivido entre los hombres, pero gloriosa e impasible, de la que se reviste, y que hace también desaparecer a su voluntad.** Es con esta misma forma gloriosa que después de haber conversado, caminado, comido incluso con sus discípulos durante cuarenta días, apareciéndoseles repentinamente y desapareciendo también repentinamente delante de ellos cuando así lo quería, después de haberles recomendado bautizar en su nombre, enseñar a los hombres el misterio inefable de la Divina Trinidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que hacen un único Dios, que él **sube gloriosamente al cielo** en su presencia, donde será eternamente el Dios vuelto visible a los ángeles y a los hombres santificados, en esta **forma humana glorificada**.

Pero ¿cuál es la naturaleza de esta nueva forma corporal, y qué es lo que constituye la diferencia esencial entre ésta y la primera? Preguntamos a esos hombres carnales y materiales que no ven nada más que por los ojos de la materia, y aquellos que son lo bastante infelices como para negar la espiritualidad de su ser, y a los que también, unidos exclusivamente al sentido literal de las tradiciones religiosas, solo quieren ver en la forma corporal del hombre primitivo antes de su caída un cuerpo de materia como el del que están actualmente revestidos, reconociendo solamente una materia más purificada. Es Jesús-Cristo mismo el que va a probarles la diferencia esencial de estas dos formas corporales y su destino, revistiéndose de una después de su resurrección, después de haber destruido la otra en la tumba.

Jesús hombre-Dios que quería ser en todo similar al hombre actual, para poder ofrecer en él como un modelo que pueda ser imitado en todo, se sometió a revestirse naciendo de una forma material perfectamente similar a la del hombre castigado y degradado. Difiere sin embargo en un único punto de la forma material del hombre que al ser concebido por la concupiscencia de la carne es corruptible, en lugar de la forma material de Jesús, que concebido por la única operación del Espíritu santo y sin ninguna participación de los sentidos materiales, es incorruptible. Pero **Jesús-Cristo deposita en la tumba los elementos de la materia, y resucita en una forma gloriosa que ya no tiene más la apariencia de la materia, que incluso no conserva los Principios elementales, y que no es más que una envoltura inmaterial del ser esencial que quiere manifestar su acción espiritual y la hace visible a los hombres revestidos de materia**. Si se quiere dudar de esta importante verdad, que se reflexione seriamente sobre las asombrosas apariciones en forma humanas del Arcángel Gabriel a María y a Zacarías, padre de Juan el Bautista, sobre las de los ángeles enviados a Abraham para predecirle el nacimiento de Isaac y el castigo de Sodoma, del ángel conductor del joven Tobías, y de un gran número de otras apariciones similares a los espíritus puros, cuya forma corporal se reinstaló en ellos mismos y desapareció tan pronto como se terminaba su misión particular. Todas ellas prueban la misma verdad. **Jesús-Cristo resucitado se reviste de esta forma gloriosa cada vez que quiere manifestar su presencia real a sus apóstoles para hacerles conocer que es la misma forma, es**

decir, de una forma perfectamente similar y con las mismas propiedades de las que estaba revestido el hombre antes de su prevaricación; y para enseñarles a lo que deben aspirar, a ser revestido de nuevo después de su perfecta reconciliación, al final de los tiempos. Es esto en efecto esa **resurrección gloriosa de los cuerpos** que serán al mismo tiempo cambiados para los hombres reconciliados, así como lo expresa San Juan, pero que no serán cambiados para los rechazados. **Es esta resurrección finalmente gloriosa en la que la consumación real del cuerpo y la sangre de Jesús-Cristo aporta, a todos los que participan dignamente, el germen fructificador.**

-19-

Del hombre caído y del sacrificio de su voluntad

Cualquier hombre, informado de la excelencia original del hombre primitivo, de su elevado y sublime destino en el universo creado, de las grandes virtudes, poder y autoridad de que fue revestido, no puede disimular, viendo al hombre actual despojado de toda su gloria, caído en la desgracia, infeliz y convertido en el esclavo del implacable enemigo sobre el que se había establecido como dominador, que está sumido en un estado de severo castigo justamente merecido; que **es esta soberbia, de la que recibe diariamente y en todo momento nuevos ataques, lo que le perdió**; **que es el abuso enorme de su poder, de su voluntad y de todas sus facultades intelectuales lo que le separa de Dios**; que vinculado por su elección con el Mal, se volvió incapaz de acercarse por sí mismo al Bien, y que permanecería eternamente separado de su Dios, si el Amor infinito del Creador por su criatura amada no hubiera destruido esta barrera de eterna separación por su encarnación en un cuerpo de hombre, del que quiso revestirse para poder sufrir y morir en ese cuerpo, y expiar así por el culpable todo lo que debía a la Justicia.

Pero para que el hombre pueda recoger individualmente los frutos de la redención del género humano y apropiarse el pleno disfrute de la parte que le está destinada, es necesario que contribuya, con todas las fuerzas que tenga o sea capaz de adquirir; y **como es por el abuso de su voluntad que se volvió culpable y mereció su castigo, sólo por el mejor y constante buen uso de su voluntad puede reparar su falta**; es necesario que sin cesar, y en todas las ocasiones de alguna importancia, haga y renueve desde el fondo de su corazón el sacrificio de su propia voluntad, de esa voluntad del viejo hombre que le queda para su desdicha; es necesario que adquiera la feliz práctica de hacer una entera abnegación de su voluntad y de la más perfecta resignación a la de Dios, que se hará siempre tan conocida como la resignación más sincera. Sentimos tanto su importancia que la pedimos todos los días a Dios en la oración que Él mismo nos ha enseñado; pero reconozcamos de buena fe que la hacemos a menudo por costumbre y sin mucha reflexión. En este caso, ¿qué puede producir?

El sacrificio de la voluntad propia y la entera abnegación de sí mismo son sin embargo tan necesarios al hombre, que no debe esperar su perfecta rehabilitación mientras este sacrificio no haya sido hecho, completado y aceptado por la Justicia. La vida entera le es dada para aprender a hacerlo, pero a menudo y casi siempre llega su término antes de haber comenzado,

y permanece compadeciéndose; pero la divina Misericordia siempre activa en su favor, sin oponer sin embargo los derechos de la Justicia, viene en su ayuda.

Le concede una segunda vida que se prolongará según sus necesidades. Ella ha creado para él un lugar de sufrimientos expiatorios, con distintos grados, y de privación purificadora, en el cual podrá realizar su obra y merecer su perfecta reconciliación; ya que es allí donde sufrirá mientras se lo exija la Justicia, pero feliz por una firme esperanza, pagará su deuda hasta el último óbolo.

Cristianos, no os hagáis ilusiones, y cualesquiera que sean vuestras opiniones sobre el estado de las almas justas que dejan este mundo, **no olvidéis jamás que nada impuro puede entrar en el Cielo, y que el que se lleva con él la menor mancha no puede habitar con el que es la pureza y la santidad misma.** Estad por todo ello llenos de amor y reconocimiento para este Dios bueno que, conociendo vuestra debilidad, estableció para vosotros medios de expiaciones y purificación satisfactorias.

El precepto de una entera sumisión a la voluntad de Dios y de una perfecta renuncia a vosotros mismos es tan absoluto, y su constante ejecución es al mismo tiempo tan difícil, que parece que **nuestro divino Señor y único Maestro Jesús-Cristo vino sobre la Tierra para enseñarnos tanto por su ejemplo como por sus instrucciones**. Qué mayor ejemplo podía dejarnos que su consentimiento tres veces repetido en el Jardín de los Olivos de morir ignominiosamente sobre una Cruz, a pesar de la repugnancia extrema que su humanidad asustada acababa de manifestar. ¡Oh hombres, qué lección! Meditad día y noche y no lo perdáis nunca de vista.

El trabajo al cual nos hemos entregado para distinguir la acción particular en algunos casos de las dos naturalezas reunidas en Jesús-Cristo, nos ha conducido a largas y distintas observaciones y explicaciones que dejamos al cuidado de nuestros lectores el apreciar su utilidad.

- 20 -

Los misterios de la Cruz

Pero antes de terminar, parémonos todavía algunos instantes a meditar en el **gran misterio de la Cruz**, que había sido predestinada a ser el instrumento del suplicio del hombre-Dios y de la gran obra de la reconciliación universal. Esta meditación nos proporcionará una nueva ocasión de admirar **el camino y las vías de la Divina providencia que dispone a su voluntad todos los acontecimientos en el orden temporal y político para llegar a su fin**.

Todas las grandes naciones se dirigen generalmente, mientras que son libres en sus asuntos particulares por las leyes, normas y usos que adoptaron. La ley de Moisés era incluso, en el tiempo del que hablamos, literalmente observada por los Judíos, y los dirigía en todo lo que concierne a su religión, su culto y su gobierno interior. Desde que habían caído bajo la soberanía de los Romanos, y que Judea no era ya más que una provincia romana, se habían sometido a las leyes romanas. La ley de Moisés condenaba a ser lapidados a los que fuesen culpables de crimen contra la religión. Jesús, acusado de ser igual que Dios ante un tribunal que solo quería

ver en él a un hombre ordinario, a pesar de los milagros más sorprendentes, debería haber sido por lo tanto condenado a ser lapidado; y sin embargo, las profecías habían predicho que el Cristo sería muerto por otra clase de suplicio. Él mismo había indicado al que estaba destinado, diciendo después de haberse elevado sobre la tierra a semejanza de la serpiente de bronce bajo Moisés, *"atraerá todo hacia él"*. Por otra parte el Gran Consejo sacerdotal, que era para los Judíos el Tribunal Supremo de la nación, compuesto del Gran Sacerdote y los Jefes de las familias sacerdotales, de los doctores de la ley, los Escribas y Fariseos, habían perdido el derecho de vida y muerte sobre el pueblo; este derecho les estaba atribuido a los Romanos, para los que era habitual el condenar a ser crucificados a los malhechores y los esclavos rebeldes. Fue necesario por lo tanto una gran revolución en el orden político de los acontecimientos temporales para hacer sustituir el suplicio por la crucifixión, que entraba en las intenciones de la Providencia, en lugar de ser lapidado. Es también remarcable que los judíos que tanto habían influido sobre Pilatos para que prendiesen a Jesús, al serles enviado para que fuera juzgado según sus propias leyes, lo rechazaron y pidieron a grandes gritos que fuera crucificado.

- 21 -

Del hombre primitivo

El hombre primitivo, el primer Adán emanado de Dios en toda santidad, emancipado en el espacio universal y revestido de una forma corporal gloriosa e impasible, fue colocado en el centro de las cuatro regiones celestiales que han sido denominadas *"paraíso terrenal"*, lugar muy distante de cualquier parte de la Tierra. Habiendo sido establecido hombre-Dios de la Tierra para representar al Creador, este centro cuaternario fue el lugar de su relación con los seres espirituales "buenos", colocados con él en el espacio creado y encargados de mantener el orden en todas sus partes. Él **estaba también encargado de dominar sobre los espíritus rebeldes a los que estaba encargado de molestar en todo y de contener sin cesar su acción perversa**. Es desde este centro universal del espacio creado desde el que el hombre empleando su voluntad, pero siempre en conformidad con la voluntad del Creador y con las normas que Él le había prescrito, del Verbo de creación de formas puras y gloriosas semejantes a las suyas, habría llamado cerca de él sucesivamente y hasta el fin de los tiempos concedido por la Justicia y la Misericordia divina, a todos los otros seres de su clase destinados "a ayudarle" y a contribuir juntos a la realización de esta gran obra. El hombre habría tenido la gloria de cooperar por su voluntad a la emancipación de cada inteligencia humana que Dios se había comprometido con él a enviar a vivir en el templo donde la forma gloriosa de su voluntad le destinaba.

Habiendo recibido, en las primeras operaciones que había hecho en su presencia y por orden del Creador, las pruebas resplandecientes del poder del que había sido revestido y que acababa de manifestar, fue dejado a su libre albedrío para las acciones más importante que le quedaban por hacer.

Deslumbrado de este gran poder, se glorificó, olvidó que todo se lo debía al amor y a la liberalidad de su Creador al que pertenecía, y que él no era más que el depositario para la ejecución de Sus intenciones. Se cegó en este pensamiento orgulloso que fue conocido y

atrapado por el jefe demoníaco. Este desorden en su facultad pensante se volvió pronto un sueño peligroso para su inteligencia, que siguió siendo la víctima; su astucioso enemigo exaltó su orgullo, le sedujo, le hizo olvidar sus juramentos y promesas hacia el Creador, se apoderó de su voluntad, y le arrastró hacia la rebelión.

El hombre se convierte así en culpable, siendo inmediatamente expulsado de ese centro puro y santificado que acababa de manchar. Fue precipitado sobre la Tierra y condenado a arrastrarse sobre su superficie en una forma material e imperfecta como la que él acababa de crear como modelo, y a través del cual sometió por una consecuencia necesaria a toda su posteridad. Asustado del resultado de su inicua operación, reconoció y confesó su crimen. Su arrepentimiento le mereció la promesa de un liberador por cuya mediación obtendría su perdón; es lo que afortunadamente experimentó por la mediación del divino Redentor, y por su sacrificio sobre la Cruz.

- 22 -

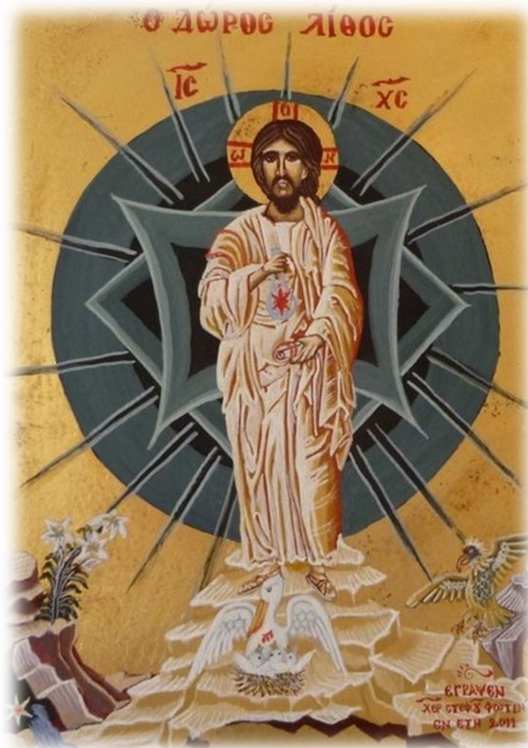
De la Cruz, emblema universal

La Cruz es ella misma para la inteligencia, en su conjunto y en sus partes, un gran emblema universal, principalmente en la circunstancia de lo que nos ocupamos. Por su parte inferior, que es la más larga, parece fijada en el centro de la Tierra, de esta Tierra manchada de tantas abominaciones que ni las aguas del diluvio pudieron borrar, y que la sangre de una gran y pura víctima solo pudo purificar. De allí, se eleva a una región más alta donde se forma un gran receptáculo formado por sus cuatro ramas que, extendiéndose sin obstáculo, parecen ir a tocar los cuatro puntos cardinales del espacio universal y llevar los frutos de la acción única que se opera en el centro de este receptáculo por el hombre-Dios que muere sobre este centro, para repararlo todo. Lo que nos hace fácilmente concebir los inmensos y extraordinarios resultados que la acción todopoderosa del Verbo de Dios unido a Jesús muriendo sobre la Cruz ha operado sobre la Naturaleza entera visible e invisible, espiritual y corporal, que era el testigo y el objeto.

Esta Cruz, al dividir figuradamente a través de sus cuatro ramas en cuatro partes el espacio creado, nos recuerda claramente las cuatro regiones celestiales que fueron el primer dominio del hombre en su estado de pureza e inocencia, así como su centro sobre el cual el divino Reparador expira, nos recuerda ese centro de las regiones, ese paraíso terrenal que fue el centro de su gloria y de su soberanía, que manchó por su crimen, y del que fue expulsado vergonzosamente para siempre. Sin embargo, el glorioso destino de este lugar de delicias no se destruyó completamente: la Justicia divina se limitó entonces a establecer una guardia segura "armada de una espada de fuego" para defender la entrada; pero **el hombre-Dios, estando plenamente satisfecho por su sumisión y por su muerte a la Justicia divina, es desde este centro de dolor y de ignominia desde el que resucita gloriosamente, y triunfando en su humanidad, rehabilita al hombre y a toda su posteridad en el derecho primitivo a poder vivir en el centro de esas regiones celestiales. Lo purifica y lo santifica de nuevo para disponerlo para volver al lugar de descanso y de paz donde las almas justas, después de haber sido**

purificadas y reconciliadas, irán a esperar al abrigo de la gran luz cuyo pleno disfrute les está garantizado, en el fin de los tiempos, en el instante afortunado en el que las barreras del espacio serán rotas, y ellos irán juntos hacia el divino Redentor a recibir el precio inefable de la redención que será su eterna, absoluta e inalterable beatitud.

¡Qué profundo misterio!, que sublimes verdades recuerdan al cristiano la señal tan respetable de la Cruz, cada vez que, queriendo ponerse en presencia de su Creador e invocar Su adorable Trinidad, la traza sobre sí mismo. En el **primer tiempo** de esta señal, lo hace con el respeto y la confianza necesaria para poner su corazón y su espíritu en presencia de la Santa Trinidad, apela a la omnipotencia del Padre y le solicita sus saludables efectos para él y para todos sobre los que se propone rogar. Por el **segundo tiempo**, invoca rápidamente al pensamiento del Amor y a la Sabiduría del Hijo e implora su Misericordia. Por el **tercer tiempo**, pide la luz divina de la que siente necesidad en su camino y los dones espirituales de los que el Espíritu Santo es el dispensador. Finalmente por el **Amén** que en realidad es el **cuarto tiempo**, pide conocer la Voluntad divina, ofrece el sacrificio diario de la suya, pide a las tres potencias que no son más que un solo Dios el ser rehabilitado en su poder cuaternario original, y poder recoger todavía algunos frutos. ¿Cómo es que un acto religioso tan expresivo, tan solemne, solo es para la mayoría de los cristianos un acto irreflexivo de pura forma y costumbre? Y sin embargo, **el ingrato osa quejarse de no haber sido atendido; que busque la causa en sí mismo, y que se reforme**. Cristianos débiles y vacilantes, **meditad a menudo en el gran misterio de la Cruz**; **esta meditación os proporcionará una comida sólida que consolidará vuestra fe, restablecerá vuestro amor y vuestro reconocimiento, y reafirmara vuestras más queridas esperanzas.**



ECKHART Y LA CONTEMPLACION

Javier Alvarado[1]



«Yo soy la causa de que Dios es Dios;
si yo no existiera, Dios no sería Dios»
(Maestro Eckhart, Tratado *Del Hombre Noble*)

Sabemos poco de la vida del Maestro Eckhart (1260-1328). De muy joven entró en el convento de los dominicos de Erfurt y ya antes de 1280 había recibido enseñanzas de teología en Colonia. En 1293 culmina en París los estudios como «Bachiller en teología» (licenciado) y a comienzos del curso académico 1293/1294 es lector de las *Sentencias* (*Collatio*) en la Sorbona. Pocos meses después es nombrado prior de los dominicos de Erfurt y vicario de Turingia. Durante este período (1294-1298) redactará sus *Conversaciones espirituales o formativas* según el estilo de las antiguas *collationes* monásticas que se mantenían entre un director espiritual y los jóvenes postulantes.

En torno a 1302 es promovido a profesor ordinario de teología de la Universidad de París (*magíster actu regens*) en la cátedra reservada para los no franceses. Acabado el curso en septiembre de 1303 regresa a Erfurt encargado de la nueva provincia religiosa de Sajonia para llevar la dirección espiritual y administrativa de casi cincuenta conventos y participando en diversos capítulos generales (Toulouse 1304; Strasburg 1307; Rostock; Piacenza 1310). Precisamente en el de Strasburg fue nombrado vicario general de la orden para la provincia de Bohemia. En el capítulo de 1311 se le dispensa de tales obligaciones para que pueda ocupar de nuevo la cátedra de París, un honor que hasta ese momento sólo había sido concedido a Tomás de Aquino. Entre 1323-1324 enseñará desde la cátedra de teología del *Studium Generale* de Colonia.

[1] Javier Alvarado Planas es catedrático de Historia de la Instituciones en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (Madrid), Premio Nacional de Historia 2009 (compartido) y académico correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de Jurisprudencia y Legislación. El presente artículo corresponde al capítulo del mismo título de su libro "Historia de los métodos de meditación no dual", pp. 425-504, Ed. Sanz y Torres S.L., Madrid, 2012.

Los éxitos académicos y su creciente prestigio suscitaron el recelo y envidias de algunos hermanos de la Orden que resolvieron denunciar el contenido sospechoso de ciertas afirmaciones de sus obras. Por tal motivo, en 1326 el arzobispo de Colonia, Hinrich von Viurneburg, recibe de Hermann von Summo y Wiulhelm von Nidecke una lista de frases sospechosas tomadas de los escritos de Eckhart. En esos años la actividad inquisitorial estaba especialmente centrada en los movimientos espirituales de begardos, beguinas[2] y místicos que se movían al margen de los cauces institucionales. Iniciado el proceso, Eckhart murió a comienzos del año 1328 en Aviñón a la espera de una resolución que llegaría el 27 de marzo de 1329 mediante la Bula «*In agro dominico*»[3]. A pesar de la sorprendente y oportunista condena papal, solo explicable por los condicionamientos coyunturales de la época, la obra de Eckhart se perpetuó en sus discípulos dominicos Enrique Suso o Juan Tauler e influyó en diversos autores entre los que cabe citar a Juan de Ruisbroeck (1291-1381), Nicolás de Cusa (1401-1464), Santa Teresa y San Juan de la Cruz, etc.

Eckhart había concebido un plan unitario para sus obras escritas en latín que respondía al título general de *Opus Tripartitum* y que estaba integrado por el *Opus Propositionum*, constituido por más de mil proposiciones organizadas en catorce tratados y del que sólo se conserva el prólogo y un desarrollo sobre el tema *El Ser es Dios.* Le seguía el *Opus Quaestionum*, con un plan similar al de la *Summa* de Santo Tomás; de hecho planeaba responder a «Cuestiones» seleccionadas de la *Summa.* Finalmente, el *Opus Expositionum*, en el que, siguiendo el modelo discursivo de las *Cuestiones* de San Agustín, expondrían sus ideas principales comentando textos de las Sagradas Escrituras. La segunda parte de este *Opus Expositionum* comprendía sermones latinos en diferentes grados de desarrollo. Del *Opus Expositionum* solo se conservan seis Comentarios: sobre el *Génesis* (dos), el *Éxodo*, el *Eclesiastés*, el *Libro de la Sabiduría*, y el *Evangelio de San Juan*.

Si la obra latina de Eckhart que ha llegado a nosotros es breve, por el contrario, de la obra de Eckhart escrita en alemán se conservan numerosos manuscritos, en su mayoría sermones de los que el principal especialista y estudioso de Eckhart, el prof. Josef Quint, ha contabilizado más de doscientos[4].

---

[2] Un año antes de la llegada de Eckhart a París se había ejecutado a la beguina Marguerite Porete, autora de *El espejo de las almas simples*. Aun cuando hay evidentes similitudes entre Porete y Eckhart, el maestro alemán criticó duramente ciertos excesos del movimiento beguino en su famoso sermón *Beati pauperes spiritu* o en el breve tratado *Del hombre noble*.

[3] Los escasos datos que conocemos del Maestro Eckhart proceden precisamente de los documentos y noticias incorporadas al proceso inquisitorial. Un estudio de dicho proceso y de las proposiciones sospechosas puede consultarse en Jeanne Anacelet-Hustache *El Maestro Eckhart y la mística renana*, Madrid, 1986, pp. 135-155. También G. Faggin, *Maestro Eckhart y la mística medieval alemana,* Buenos Aires, 1953, pp. 95 y 107.

[4] Una completa edición española de las obras del Maestro Eckhart es la coeditada por Sanz y Torres/Ignitus, *Tratados espirituales*, Madrid, 2008 y *Sermones*, Madrid, 2009 que se ha basado, a su vez, en la edición crítica en lengua alemana de Josef Quint: Meister Eckhart, *Die deutschen und lateinischen Werke*, realizada con el concurso de la *Deutsche Forschungsgemeinschaft* (W. Kohlhammer, Stuttghart) y de la edición revisada por Largier, *Meister Eckhart*, Verke, 2 Vols., Deutscher Klassiker Verlag, Frankfurt a. M., 1993.

Las fuentes de Eckhart son numerosas, la mayor parte de las veces son mencionadas expresamente. Así, cita a San Alberto y Santo Tomás, a los neoplatónicos, a San Agustín, el Pseudo-Dionisio, Escoto Eriúgena, los pensadores de la Escuela de Chartres, la mística de los Victorinos... Invoca también a los escritores árabes y judíos como Averroes, Avicena, Algacel, Maimónides, etc. Eckhart cita incluso a Hermes Trismegisto antes que el renacentista Marsilio Ficino editara el *Corpus Hermeticum*.

I.- EL SUFRIMIENTO POR LA SEPARACIÓN DE DIOS

¿Cuál es el punto de partida de la enseñanza del Maestro Eckhart? Si es que hay un punto de partida, éste es el sufrimiento del hombre. ¿De dónde proviene este sufrimiento? Su origen se encuentra en la separación o desemejanza del hombre con Dios con motivo de la expulsión del "Paraíso" y la consiguiente entrada en el reino de la desemejanza. Esta situación es explicada con el siguiente ejemplo; "cuando se me coloca en la mano un carbón ardiente me duele porque este carbón tiene algo que *no* tiene mi mano" (Tratado *Del Hombre Noble*). En consecuencia sufro porque *no* hay similitud con Dios, sufro por mi desigualdad con Dios. Y precisamente ese sufrimiento es una llamada de atención del alma; «El animal más rápido que os lleva a la perfección es el sufrimiento» (Tratado *Del Consuelo Divino*) de modo que «Cuanto mayor el sufrimiento, tanto menor el sufrimiento» (Tratado *Del Hombre Noble*). Aquí comienza el camino del buscador, del peregrino que anhela regresar a su patria originaria y recuperar la felicidad. Muchos buscadores pasan la vida tratando de alcanzar en vano esa felicidad acumulando las experiencias que les proporcionan los objetos; "Por eso el hombre quiere ora una cosa, ora otra; ora se ejercita en la sabiduría, ora en el arte. Por no poseer lo Uno, el alma nunca llega a descansar hasta que todo sea uno en Dios. Dios es uno solo; ésta es la bienaventuranza del alma y su adorno y su descanso" (Serm. *Unus deus et pater omnium*). Pero el hombre continúa insatisfecho porque no obtiene plena satisfacción en el mundo externo. Entonces, llega un momento en que repara en que no se trata de experimentar sino de *ser*... y que el camino para *ser* no está afuera, en los objetos externos y en las experiencias sino dentro. No se trata de poseer, añadir y amontonar cosas sobre uno, sino de desasirse de lo que es accesorio.

Insiste Eckhart en que hay algo dulce que empuja al hombre a desvelar o descubrir esa "chispita" que lleva dentro; "el alma ha de ser purificada y hecha sutil a la luz de la sabiduría y en la gracia, y se le debe quitar y mondar todo cuanto de extraño hay en el alma, y también una parte de lo que es ella misma. Lo he dicho varias veces ya: El alma ha de ser desnudada de todo cuanto le es accidental y ser elevada, así de pura, refluyendo en el Hijo con la misma pureza con que emanó de Él. Porque el Padre creó al alma dentro del Hijo. Por ello debe adentrarse en Él con tanta pureza como tenía al emanar de Él" (Serm. *Nuestro Señor levantó*). Y en otro sermón abunda en que "Existe algo muy placentero que mueve y empuja y pone en marcha a todas las cosas para que retornen hacia allí de donde emanaron, en tanto que este algo permanece inmóvil en sí mismo. Y cuanto más noble sea una cosa, tanto más constante será su correr. El fondo primigenio las empuja a todas. La sabiduría y bondad y verdad añaden algo; lo Uno no añade sino el fondo del ser" (Serm. *Vidi supra montem Syon*).

En otra ocasión, compara el ansia, inquietud o desesperación que mueve al hombre a encontrar a su Creador con un perro que olfatea la liebre. No todos los perros alcanzan la presa porque no todos poseen el mismo afán o determinación. Este ejemplo le sirve al maestro alemán para distinguir los diversos perfiles psicológicos del buscador espiritual; "El perro, cuando ve a la liebre y la olfatea y halla su rastro, corre en pos de la liebre; los otros perros la ven correr y entonces ellos corren, pero pronto se cansan y desisten. Así sucede con un hombre que ha visto a Dios y lo ha olfateado: él no desiste, todo el tiempo corre tras Él. Por eso dice *David:* «¡Gustad y mirad lo dulce que es Dios!» (Salmo 33, 9). Ese hombre no se cansa, pero los otros se cansan pronto. Algunas personas corren adelantándosele a Dios, algunos corren al lado de Dios, algunos siguen a Dios. Quienes se le adelantan, son los que siguen a su propia voluntad y no quieren aprobar la voluntad de Dios; eso está del todo mal. Otros, aquellos que van al lado de Dios, dicen: «Señor, no quiero otra cosa que la que Tú quieres» (Cfr. Mateo 26, 39). Mas, cuando están enfermos, desean que Dios quiera que estén sanos, y eso se puede perdonar. Los terceros le siguen a Dios adonde quiera ir, ellos lo siguen de buena voluntad, y ésos son perfectos" (Serm. *El profeta Daniel dice: Te seguimos...*).

II.- LA BÚSQUEDA DEL DIOS ESCONDIDO

Sin embargo, esta búsqueda de la felicidad en Dios no deja de contener ciertas paradojas. De entrada, Dios parece que nos rehúye, pero "La culpa de que esté escondido para nosotros no la tiene nadie más que nosotros. Somos la causa de todos nuestros impedimentos" (Serm. *In hoc apparuit charitas dei in nobis quoniam*). Uno de estos obstáculos, tal vez no el más importante pero sí el primero que se presenta ante el buscador, es el de representarse a Dios como un objeto que ha de ser localizado y asido por el sujeto. De esta manera, Dios es convertido en algo externo a uno mismo y la búsqueda es imaginada como un método, camino o proceso en el tiempo plagado de etapas y pruebas laboriosísimas. La mente del buscador acaba proyectando sus propias especulaciones en ese objeto que cree que es Dios, alejándose cada vez más de Él. Para Eckhart, "Uno se encuentra con gente a la que gusta Dios de una manera, pero de otra no, y se empeñan en poseer a Dios sólo en una forma de devoción y en otra no. Lo dejo pasar, pero es todo un error... Por lo tanto no debéis insistir en ningún modo, porque Dios no es en absoluto ni esto ni aquello. De ahí que aquellos que tomen a Dios de la manera descrita, proceden mal con Él. Toman el modo, pero no a Dios. Por ende recordad esta palabra: Debéis pensar puramente en Dios y buscarlo a Él" (Serm. *In hoc apparuit charitas dei in nobis quoniam*). Pensar en Dios con pureza implica abandonar la idea de acercarse a Dios con propósito de sacar algún beneficio. La misma idea de "propósito" es adversa a la pureza mencionada. Incluso, la misma persistencia de pensamiento (o sea, un yo como sujeto que piensa objetos separados) es otro fardo que hay que arrojar. Y más que ver a Dios como un objeto, cabría plantearse si quien ve de tal modo no es sino otro objeto en la medida en que su existencia pende de Dios; "Has de saber que cuando quiera que busques de algún modo lo tuyo, no encontrarás jamás a Dios, porque no buscas a Dios con pureza. Buscas alguna cosa por medio de Dios y procedes exactamente como si convirtieras a Dios en una vela para buscar algo con ella; y cuando uno encuentra las cosas buscadas, tira la vela. Esto es exactamente lo que haces: cualquier cosa que busques por medio de Dios, no es nada, sea lo que fuere, provecho o recom-

pensa o recogimiento o lo que sea; buscas la nada y por lo tanto encuentras la nada. El que halles la nada, no se debe sino a que buscas la nada. Todas las criaturas son pura nada. No digo que sean insignificantes o que sean algo: son pura nada. Lo que no tiene ser no es nada. Todas las criaturas no tienen ser, porque su ser pende de la presencia de Dios. Si Dios se apartara por un solo momento de todas las criaturas, se anonadarían. He dicho a veces, y es verdad: Quien tomara junto con Dios todo el mundo, no tendría más que si tuviera a Dios sólo. Sin Dios, todas las criaturas no tienen más ser del que tendría una mosca sin Dios, exactamente lo mismo, ni más ni menos" (Serm. *Omne datum optimum*).

Entonces ¿cómo un objeto o una nada pueden unirse a Dios? De ninguna manera. Como Dios no es objeto, sólo es posible "acercarse" mediante aquella parte del hombre que tampoco es un objeto. Eso es lo que Eckhart llama "chispita" o fondo del alma. Averiguar cuál es esa parte del hombre equivale a averiguar quién o qué es Dios; "Veinticuatro maestros se reunieron con el propósito de hablar sobre lo que era Dios[5] (y uno de ellos dijo que) Dios es algo que necesariamente se halla por encima del ser. Lo que tiene ser, tiempo o lugar, no toca a Dios; Él está por encima de ello. Es cierto que Dios se halla en todas las criaturas en cuanto tienen el ser y, sin embargo, está por encima de ellas... Dios no es ni ser ni bondad. La bondad está apegada al ser y no va más allá del ser; pues, si no hubiera ser, no habría bondad, y el ser es todavía más acendrado que la bondad. Dios no es bueno ni mejor ni óptimo. Quien dijera que Dios era bueno, lo agraviaría tanto como si llamara negro al sol" (Serm. *Quasi stella matutina in medio nebulas*). *Dios no es ni esto ni aquello*. Eckhart entronca así con aquel linaje de místicos cristianos que ligaban su discurso intelectivo y su experiencia extática a la superación de los contrarios mediante una "vía negativa" (apofática). Dios es Nada, es decir que está fuera de nuestras categorías intelectuales. Para el maestro alemán Dios es «lo Uno, donde toda multiplicidad es una sola cosa y una no-multiplicidad» (Tratado *Del Consuelo Divino*), porque «donde hay dos, hay un defecto» (Tratado *Del Hombre Noble*). Todos los atributos pertenecen a Dios sin que Él sea uno de ellos; «Dios no es ni ser ni racional ni conoce esto o aquello. Por eso, Dios es libre de todas las cosas y por eso es todas las cosas». Y el mismo maestro pregunta: «Si Él no es ni bondad ni ser ni verdad ni Uno, entonces, ¿qué es? No es absolutamente nada, no es ni esto ni aquello» (Tratado *Del Hombre Noble*). "Sin embargo, Él no es ni esto ni aquello, y por lo tanto el Padre no se contenta con ello, antes bien, regresa a lo primigenio, a lo más íntimo, al fondo y al núcleo del ser-Padre donde ha estado adentro eternamente en sí mismo, en la paternidad, y donde disfruta de sí mismo, el Padre como Padre, de sí mismo en el Hijo único. Allí, todas las hierbecillas y la madera y las piedras y todas las cosas son uno" (Serm. *Hec dicit dominus*). En suma, ningún nombre le conviene a Dios. Incluso la fórmula del *Éxodo* "Soy el que Soy" significa, según Eckhart, que Dios quiere que se le considere sin atributos y que no es posible agregar ningún predicado a la voz verbal "es". "Dios" no es ni bueno, ni mejor, ni lo óptimo; es el (único) que Es. Dios es uno, el Uno y el Único. "Uno es una negación de la negación... En Dios hay *una negación de la negación*; es uno solo y niega todo lo demás, porque nada existe fuera de Él...". No obstante, Dios se ha dado a sí mismo ciertos nombres para que podamos discurrir, reflexionar y meditar sobre los *nombres divinos*. El rey *David* dice: «Su

[5] Eckhart se refiere al *Liber XXIV philosophorum* del pseudo-Hermes Trimegisto.

nombre es el Saddhai» (Salmo 67, 5). "Sin embargo yo digo: Si alguien conoce siempre algo de Dios y de ahí le quiere aplicar algún nombre, eso ya no es Dios. Dios está por encima de los nombres y por encima de la Naturaleza... No podemos encontrar ningún nombre que nos sea permitido aplicarlo a Dios. Se nos ha permitido utilizar algunos nombres con los cuáles han nombrado los santos a Dios, porque Dios los había santificado en sus corazones e inundado con la luz divina... Pero hemos de aprender a no dar ningún nombre configurativo a Dios, como si pretendiéramos con ello alabarlo y ensalzarlo suficientemente. Dios está por encima de los nombres y *es* inefable" (Serm. *Misit dominas manum suam*). Es *Deus absonditus*, el innombrable y, por tanto, ante esto Eckhart recomienda; "**escucha y guarda silencio**".

La esencia de esta *via remotionis* o *teología negativa* (*Dios no es esto ni aquello*) es que "Dios que es sin nombre -no tiene nombre alguno- es inefable y el alma, en su fondo, es igualmente inefable tal como Él es inefable" (Serm. *Qui odit animam suam*). Cuando se descubre que «En verdad, tú eres el Dios escondido» (Isaías 45, 15), es porque el alma es testigo de ello, está allí presente para comprender que hay un lugar, que es un no-lugar, y un momento, que es un no-momento, en el que Dios y Alma son semejantes; "en el fondo del alma, allí donde el fondo de Dios y el fondo del alma son un solo fondo. Cuanto más uno te busque, tanto menos te encontrará. Debes buscarlo de manera tal que no lo halles en ninguna parte. Si no lo buscas, lo encontrarás" (Serm. *Homo quidam nobilis*).

Para acercarse a Dios, para unirse a Dios, uno debe saber qué es Dios. Y lo que es Dios se conoce por lo que *no* es. Pero esa misma indagación o reflexión personal debe servir también como medio de introspección o interiorización sobre lo que es nuestra naturaleza real, es decir, el fondo más profundo del alma. Esa meditación ha de *reformar* al meditador ayudándole a ensimismarse, «uno debe ser informado otra vez en el bien simple que es Dios». Tal información, es decir, el retorno de la criatura a su Creador, implica no sólo un cambio o conversión de la idea de Dios, sino además la superación del mero pensamiento discursivo o dual (sujeto-objeto) por otra forma de cognición espontánea, natural y unitiva. Ya en su primer tratado, Eckhart señala que: «El hombre no debe tener un Dios pensado ni contentarse con Él... Uno debe tener más bien un Dios esencial que se halla muy por encima de los pensamientos de los hombres y de todas las criaturas» (Tratado *Del Consuelo Divino*) de modo que «cuanto más se conoce a Dios como uno, tanto más se lo conoce como todo» (Tratado *Del Hombre Noble*). Para lograr tal fin hay que acercarse al Dios «desnudo»; «Separad de Dios todo cuanto lo está vistiendo y tomadlo desnudo de vestuario donde se halla develado y desarropado en sí mismo» (Tratado *Del Hombre Noble*) ¿Qué queda? Eso que queda es Dios inmanente... el Alma. Dicho en palabras de Eckhart, la búsqueda de Dios (la chispita del Alma) supone un proceso de «descreación» (*ungeschaffenheit*) por el cual el alma pierde su nombre o atributos personales para unirse con Aquel que se halla más allá de todo nombre. Asumir y verificar que no somos el cuerpo, no consistimos en pensamientos ni deseos, carecemos de historia personal, no tenemos pasado ni futuro, no somos ni esto ni aquello... es perder el nombre, es perder el ser (*Entwerdung*) para ganar el ser de Dios, que es idéntico a su Nombre (Ex 3, 13-14).

III.- DIOS Y LA DIVINIDAD

Conviene precisar una de las distinciones más notables del Maestro Eckhart. Al referirse a Dios, distingue entre la «Divinidad» completamente inaprehensible e inefable, y «Dios» tal y como se presenta al hombre. Esta distinción aclara cualquier sospecha de soberbia en Eckhart cuando afirma que «Yo soy la causa de que Dios es *Dios*; si yo no existiera, Dios no sería *Dios*» (Tratado *Del Hombre Noble*), "Dios sin las criaturas no sería Dios" de modo que "cuando... recibí mi ser de criatura, entonces tuve yo *un* Dios, pues antes de que existieran las criaturas Dios no era Dios". Era "el abismo eterno del ser divino". Más precisamente; "La Deidad y Dios son realidades tan distintas como el cielo y la tierra. Todas las criaturas hablan pues de Dios". "¿Y por qué no hablan de la Deidad? Todo lo que está en la Deidad es Unidad y no se puede decir nada de ello. Dios opera, pero la Deidad no opera; ella no tiene por lo demás ninguna obra que efectuar; no hay operación en ella; y nunca ha puesto los ojos en ninguna operación. Dios y la Deidad difieren como la operación y la No-operación" (Serm. *Nolite timere eos*). Partiendo de esta distinción metafísica entre la Divinidad y Dios, Eckhart expone entonces una de sus conclusiones más sutiles; "Cuando yo me hallaba aún en mi causa primigenia, no tenía Dios alguno y era la causa de mí mismo; no quería nada ni apetecía nada porque era un ser libre y un conocedor de mí mismo en el gozo de la verdad. Entonces me quería a mí mismo sin querer otra cosa; lo que yo quería lo era, y lo que era lo quería, y entonces me mantenía libre de Dios y de todas las cosas. Mas cuando, por libre decisión, salí y recibí mi ser de criatura, entonces tuve un Dios; porque antes de que fueran las criaturas, Dios aún no era «Dios»; mas, era lo que era. Pero, cuando las criaturas llegaron a ser, recibiendo su ser creado, Dios no era «Dios» en sí mismo, sino que era «Dios» en las criaturas..." (Serm. *Beati pauperes spiritu*). En suma, el hombre es causa de sí mismo en la medida en que es un no-nacido (*ungeborn*). Y desde esta perspectiva atemporal o anterior a la creación, no tiene sentido hablar de Dios. Por eso, cuando tiene lugar la creación tampoco tiene sentido hablar ya de la Deidad. Esto le sirve a Eckhart para explicar la clave para desandar ese camino de vuelta a la pobreza o simplicidad primigenia; "el hombre, que ha de poseer esta pobreza, debe vivir de modo tal que ni siquiera sepa que no vive ni para sí mismo ni para la verdad ni para Dios; antes bien ha de estar tan despojado de todo saber que no sabe ni conoce ni siente que Dios vive en él; más aún: debe estar vacío de todo conocimiento que en él tenga vida. Pues, cuando el hombre se mantenía en el eterno ser divino, no vivía en él ninguna otra cosa: antes bien, lo que vivía, era él mismo" (Serm. *Beati pauperes spiritu*).

Desde esta distinción se explica la afirmación eckhartiana de que el fin último del hombre no puede ser el Dios de la creación sino la Divinidad que está más allá del ser de Dios y de las criaturas. Y únicamente desde esta óptica tiene sentido la afirmación de aquellos místicos que, como Eckhart, afirman que el hombre debe aspirar a vaciarse de Dios (*gotes ledic werden*), «que me vacíe de Dios», pues sólo el ser creado está sujeto al tiempo, es decir, al nacimiento y a la muerte. Pero el hombre celeste en cuanto ser esencial anterior al tiempo, es un no-nacido (*ungeborn*) y, por tanto, no puede morir jamás, y en eso consiste su eternidad. Esa vuelta o regreso a la deidad implica un viaje ontológico a través de la creación para llegar totalmente

vaciado de sí mismo hasta la Divinidad y ser uno en ella, en suma, realizar la Suprema Identidad.

¿Qué es lo que obstaculiza esa visión de Dios? El error más común es verse como un ser separado de Dios. “Muchas gentes simples se imaginan que deberían ver a Dios como si estuviera allí mientras que ellos están aquí. Y eso no es así. Dios y yo, somos uno” (Serm. *Iusti autem in perpetum vivent*). La frase de San Pablo; «Un solo Dios y Padre de todos, que es bendecido por sobre todos y a través de todos y en todos nosotros» (Efesios 4, 6) le sirve a Eckhart para explicar que “Uno solo significa aquello a lo cual no se ha añadido nada. El alma toma a la divinidad tal como es en sí, en su purificación donde no se le añade nada, donde no se le agrega nada en el pensamiento. Uno solo es una negación de la negación. Todas las criaturas llevan en sí una negación; una niega ser otra. Un ángel niega ser otro ángel. En Dios, empero, hay una negación de la negación; es uno solo y niega todo lo demás, porque no hay nada fuera de Dios. Todas las criaturas existen en Dios y son su propia divinidad, y esto significa plenitud” (Serm. *Unus deus et pater omnium*). En definitiva, “Todo lo que Dios realiza es Unidad, es por lo que él me engendra en tanto que su hijo, sin ninguna distinción” (Serm. *Iusti autem in perpetum vivent*). Eso le sirve para concluir que *alle crêatûren sint ein wesen*, «todas las criaturas son un ser» (ésta fue una de las tesis incriminadas).

Entonces, si no hay más que un Ser ¿qué es el “yo”? Eckhart distingue tres modalidades del “yo” equivalentes o simétricas a las nociones de Divinidad, Dios y Creación; a) como no-nacido; b) como hijo Único del Padre y c) como entidad mortal e ilusoria:

a) En efecto, comentando la afirmación paulina de que «Por la gracia de Dios soy todo lo que soy» (1 Cor. 15,10), el místico alemán explica que “si vosotros me preguntáis si yo, como soy un hijo único engendrado eternamente por el Padre celestial, he sido también eternamente hijo en Dios, contesto: sí y no; sí... soy hijo en cuanto el Padre me ha engendrado en la eternidad, mas no soy hijo en cuanto a la condición de no-nacido”. Con la expresión bíblica «In principio» se nos da a entender que “somos un hijo único a quien el Padre engendró eternamente desde las tinieblas ocultas de la ocultación eterna, y que permanece dentro del primer principio de la pureza primigenia que es la plenitud de toda pureza. Allí he descansado y dormido eternamente en el conocimiento escondido del Padre eterno, permaneciendo adentro sin ser pronunciado” (Serm. *Ave, gratia plena*). En cuanto que yo soy sin-nacimiento y anterior o fuera de la Creación, no conocía a un “Dios”. En ese estado puro y primigenio no había nada ni nadie; “Cuando yo residía aún en el Fondo y en el Lecho, en el Riachuelo y en la Fuente de la Deidad, allí nadie me preguntaba hacia dónde me dirigía ni lo que hacía; en realidad, no había nadie para interrogarme... Cuando yo llego al Fondo y al Lecho, al Riachuelo y a la Fuente de la Deidad, nadie me pregunta de dónde vengo, ni dónde he estado. Allí, nadie se ha percatado de mi ausencia, pues es allí donde “Dios” desaparece” (Serm. *Nolite timere eos*). Por eso, en tanto que soy no-nacido “por eso soy la causa de mí mismo en cuanto a mi ser que es eterno, y no en cuanto a mi devenir que es temporal. Y por eso soy un no-nacido y según mi carácter de no-nacido, no podré morir jamás. Según mi carácter de no-nacido he sido eternamente y soy ahora y habré de ser eternamente” (Serm. *Beati pauperes spiritu*).

b) "Yo" en cuanto hijo Único del Padre "debe entenderse que hemos de ser un único hijo que ha sido engendrado eternamente por el Padre. Cuando el Padre engendró a todas las criaturas, me engendró a mí y yo emané con todas las criaturas y, sin embargo, permanecí dentro del Padre" (Serm. *Ave, gratia plena*). "Hace muchos años, yo no existía aún: un poco más tarde mi padre y mi madre comieron carne y pan y verduras que crecían en el jardín, y con ello me hice hombre" (Serm. *Hec (sic) dicit dominus*). En cuanto que yo soy un nacido y criatura, "lo que soy según mi carácter de nacido, habrá de morir y ser aniquilado, porque es mortal; por eso tiene que perecer con el tiempo. Junto con mi nacimiento eterno nacieron todas las cosas y yo fui causa de mí mismo y de todas las cosas; y si lo hubiera querido no existiría yo ni existirían todas las cosas; y si yo no existiera no existiría «Dios». Yo soy la causa de que Dios es «Dios»; si yo no existiera, Dios no sería «Dios» (Serm. *Beati pauperes spiritu*).

c) Pero hay también un "yo" mortal e ilusorio que es precisamente esa identidad que aparenta ser la más real, tangible y consistente. Ella es paradójicamente la más evanescente porque el hombre no posee el ser por sí mismo, su ser le viene del Único «que Es» (*Éx* 3, 14). De entrada *"Ego,* o sea, la palabra «yo», no pertenece a nadie sino a Dios solo, en su unidad. *Vos,* esta palabra significa lo mismo que «vosotros»: para que todos seáis uno en la unidad, esto quiere decir: las palabras «ego» y «vos», «yo» y «vosotros» apuntan hacia la unidad" (Serm. *Ego elegi vos de mundo*). Pero es que además, metafísicamente este «yo» supondría una alteridad (*anderheit*) intolerable para Dios. "Aquel que dice «yo» tiene que hacer la obra lo mejor imaginable. Nadie puede pronunciar esta palabra, en sentido propio, sino el Padre" (Tratado *Del Hombre Noble* y Serm. *Ecce ego mitto angelum meum*). Ese "yo" imaginario e inexistente es una "nada" incapaz de lograr la unión con Dios sencillamente porque Él es el único "yo" que existe. Ahora bien, lo importante es que hay un lugar y un momento en el que el "yo" de Dios y el "yo" del hombre son semejantes; es cuando se produce el nacimiento eterno en el fondo del Alma.

IV.- EN EL FONDO DEL ALMA ESTÁ DIOS

Como decíamos, el hombre sufre porque se ve arrojado al reino de la desemejanza. Pero cuando todo parece perdido, todo será salvado porque Dios está pendiente de sus criaturas. Esto se debe a que hay un "algo" en el hombre que le incita a averiguar de dónde viene, quién es y a dónde va. Es desde ese "algo" desde donde Dios tira de nosotros y nos llama; "por más que el hombre se aleje de Dios, Él se mantiene firme y lo espera y se le cruza en el camino antes de que él lo sepa" (Serm. *Surge illuminare iherusalem*).

¿Cómo definir o describir ese *algo*?; "He señalado a veces que hay en el espíritu una potencia, la única que es libre. A veces he dicho que es una custodia del espíritu; otras veces, que es una luz del espíritu; otras veces, que es una chispita. Mas ahora digo: No es ni esto ni aquello; sin embargo, es un algo que se halla más elevado sobre esto y aquello, que el cielo sobre la tierra" (Serm. *Intravit Iesus in quoddam castellum*). Ciertamente, "hay una potencia en el alma y no sólo una potencia sino una esencia y no sólo una esencia, sino algo que desliga de la esencia... esto es tan acendrado y tan elevado y tan noble en sí mismo que ninguna criatura puede entrar

sino sólo Dios que mora ahí. En verdad, Dios mismo no puede entrar tampoco, en cuanto tiene modo de ser ni en cuanto es sabio ni en cuanto es bueno ni en cuanto es rico. Dios no puede entrar ahí con ningún modo de ser. Dios puede entrar ahí sólo con su desnuda naturaleza divina" (Serm. *Adolescens, tibi dico: surge*). Ese no-lugar del Alma en el que mora Dios sin atributos es lo que nos insta o mueve a "saber de dónde proviene esa esencia; quiere penetrar en el fondo simple, en el desierto silencioso adonde nunca echó mirada alguna la diferencia, ni Padre ni Hijo ni Espíritu; en lo más íntimo que no es hogar para nadie. Allí *esa* luz se pone contenta y allí reside más entrañablemente que en sí misma, porque ese fondo constituye un silencio simple que es inmóvil en sí mismo; y esa inmovilidad mueve todas las cosas y de ella se reciben todas las vidas que viven como racionales en sí mismas" (Serm. *Todas las cosas iguales*).

En otro sermón invoca el evangelio de San Juan 15, 14; «No os he llamado siervos sino amigos» para abordar otro sutil matiz de la relación con Dios: "Quien pide algo de otro es «siervo» y quien paga es «señor». El otro día reflexioné sobre si quería tomar o pedir alguna cosa de Dios. Lo pensé dos veces, pues si aceptara algo de Dios, me hallaría por debajo de Él como un «siervo» y Él, al dar, sería un «señor». Pero así no ha de ser con nosotros en la vida eterna" (*Serm*. *Iusti vivent in aeternum*). Y no solo amigos, pues esa amistad puede trocarse en intimidad amorosa. Con base en San Pablo, San Pedro y San Juan (Gálatas 4, 7; Gálatas 2,20; Romanos 8,29; II Pedro 1,4; I Juan 3,1-2) Eckhart afirmará que el fondo del Alma es el fondo de Dios y de Cristo[6]; "Ahí el fondo de Dios es mi fondo, y mi fondo el de Dios. Ahí vivo de lo mío, así como Dios vive de lo suyo. Para quien mirara alguna vez en este fondo, aunque fuera por un solo instante, para ese hombre mil marcos de oro amarillo amonedado valdrían lo mismo que un maravedí falso" (Serm. *In hoc apparuit caritas dei in nobis*).

¿Significa esto que yo soy Dios? Según el maestro alemán, "¿Hemos de decir, pues: Cuando el hombre ama a Dios se transforma en Dios? Esto suena a incredulidad. En el amor que brinda un hombre no hay dos sino sólo uno y unión, y en el amor, antes que hallarme en mí mismo, soy más bien Dios. Dice el *profeta:* «He dicho que sois dioses e hijos del Altísimo» (Salmo 81, 6). Suena extraño cuando se dice que el hombre de tal manera puede llegar a ser Dios en el amor; sin embargo, es verdad dentro de la verdad eterna. Nuestro Señor Jesucristo poseía esta unión" (Serm. *In hoc apparuit charitas dei in nobis quoniam*). Y en otro sermón invoca una autoridad indiscutible; San Agustín dice[7]: «El alma se iguala a aquello que ama. Si ama cosas terrestres, se vuelve terrestre. Si ama a Dios» -podría preguntarse- «¿se convierte entonces en Dios?» Si yo dijera tal cosa les parecería increíble a quienes tienen la inteligencia demasiado pobre y no lo comprenden. Pero San Agustín dice: «Yo no lo digo, antes bien os remito a la Escritura que expresa: "He dicho que sois dioses"» (Salmo 81, 6) (Serm. *In illo tempore missus est angelus*). La búsqueda espiritual descubre y realiza esa afirmación mediante un "proceso" de introspección por el que nuestra esencia divina se ve exenta del "yo" o, expresado de otra manera; el ego es vaciado hasta quedarse en la nada que es. Solo así el alma se recoge en lo más hondo y queda anonadada en Dios.

[6] La identificación de lo más puro del alma con el mismo Cristo fue una de las objetadas por los inquisidores.
[7] Cfr. Augustinus, *In epistulam Iohannis ad Parthos* tr. 2 n. 14.

V.- OBSTACULOS AL DESASIMIENTO

En diversos escritos el maestro Eckhart señala constantemente cuáles son los obstáculos que impiden el desapego o desasimiento de sí mismo y del mundo circundante. En uno de sus sermones más notables (Serm. *Intravit Iesus in templum*) compara el proceso de desasimiento y vaciamiento de ese templo interior que es el alma con el episodio neotestamentario de la expulsión de los mercaderes del templo. Vaciar el templo de comerciantes y mercancías equivale a vencer los obstáculos del apego al *yo* en todas las obras en las que el hombre solo busca beneficios materiales. Por eso dijo Jesucristo en el templo «¡Quitad esto de aquí, sacadlo!».

Pero el hombre, obsesionado con la idea de que su felicidad proviene de la acumulación de objetos materiales experimenta también que este tipo de gozo es tan pasajero como mudables y evanescentes son todos los objetos. Apenas un objeto es disfrutado, el *ego* ya está codiciando una nueva experiencia en la que proyectar su insatisfacción. Así, la vida del hombre consiste en una carrera alocada por conseguir cosas con las que obtener una felicidad que nunca se sacia. Solo puede poner fin a esta agitación si se percata de que está persiguiendo un espejismo creado por su propio ego. El ego necesita del tiempo, es decir, del pasado (los recuerdos) y del futuro (proyectos, expectativas) para sobrevivir, porque en el presente desaparece. Necesita objetos para seguir siendo el sujeto protagonista y mantener así la dualidad del conocedor y lo conocido, es decir, la pluralidad de objetos que le reporten experiencias sin fin. Con sutileza, Eckhart señala los tres principales obstáculos al desapego: "Tres cosas le impiden al hombre que pueda reconocer a Dios de algún modo. La primera es el tiempo, la segunda la corporalidad, la tercera la multiplicidad. Mientras éstas tres permanecen dentro de mí, Dios no se encuentra en mi interior ni opera verdaderamente en mi fuero íntimo. Dice San Agustín[8] que débese a la concupiscencia del alma el que quiera agarrar y poseer muchas cosas y por ello extiende la mano hacia el tiempo y la corporalidad y la multiplicidad y al hacerlo pierde justamente lo que posee. Pues, mientras hay en tu interior más y más cosas, Dios no puede nunca morar ni obrar dentro de ti. Si Dios ha de entrar, esas cosas deben ser expulsadas" (Serm. *Impletum est tempus Elizabeth*).

Pero repárese en que vaciar de objetos el templo (alma) no es necesariamente una operación de renuncia material que implique una retirada del mundo o una vida eremítica sino que supone especialmente una orientación adecuada ante el mundo, porque los objetos son neutros. El problema no son los objetos sino nuestra actitud ante ellos: "la culpa de la perturbación, no la tienen los modos de proceder ni las cosas: quien te perturba eres tú mismo a través de las cosas, porque te comportas desordenadamente frente a ellas" (*Coll.* 3). Por eso, no se trata de renunciar a los bienes exteriores sino de renunciar al ego, desapegarnos de la idea de que hay un "yo" que hace y desea: Se ha dicho «Quien me quiere seguir que se niegue primero a sí mismo» (Mateo 16, 24); "Por ende, comienza primero contigo mismo y ¡renuncia a ti mismo! De cierto, si no huyes primero de tu propio yo, adondequiera que huyas encontrarás estorbos

---

[8] Augustinus, *Confess.* 1. X c. 41 n. 66.

y discordia, sea donde fuere. La gente que busca la paz en las cosas exteriores, sea en lugares o en modos o en personas o en obras, o en el extranjero o en la pobreza o en la humillación, por grandes que sean o lo que sean, todo esto no es nada sin embargo, y no da la paz. Quienes buscan así, lo hacen en forma completamente equivocada: cuanto más lejos vayan, tanto menos encontrarán lo que buscan. Caminan como alguien que pierde el camino: cuanto más lejos va, tanto más se extravía. Pero entonces ¿qué debe hacer? En primer término debe renunciar a sí mismo, con lo cual ha renunciado a todas las cosas" (*Coll.* 3).

Es inútil la vida retirada, la búsqueda espiritual en países lejanos y exóticos, frecuentar la compañía de determinadas personas o emprender obras sociales si el ego sigue intacto. La correcta "actitud no la puede aprender el ser humano mediante la huida, es decir, que exteriormente huya de las cosas y vaya al desierto; al contrario, él debe aprender a tener un desierto interior dondequiera y con quienquiera que esté. Debe aprender a penetrar a través de las cosas y a aprehender a su Dios ahí dentro, y a ser capaz de imprimir la imagen de Dios en su fuero íntimo, vigorosamente, de manera esencial" (*Coll.* 3). Eckhart ironiza sobre los subrepticios argumentos que aduce el ego que se resiste a ser domesticado: "La gente dice: «Ah sí, señor, me gustaría que yo también estuviese en tan buenas relaciones con Dios y que tuviera tanta devoción y tanta paz para con Dios como otras personas, y querría que me pasara lo mismo que a ellos o que fuera igualmente pobre», o: «Conmigo las cosas nunca irán bien con tal de que no esté allá o acullá o haga así o asá, tengo que vivir en el extranjero o en una ermita o en un convento». De veras, en todo esto se manifiesta tu yo y ninguna otra cosa. Es tu propia voluntad por más que no lo sepas o no te parezca así" (*Coll.* 3). Y en el que probablemente es su tratado más sustancial, se reafirma en que los objetos externos, las obras exteriores (y la actitud ante ellas) solo tienen la función de ayudar a alcanzar la comprensión de la verdadera naturaleza del hombre; "Todas las obras exteriores están instituidas y prescritas para que el hombre exterior se oriente por ellas hacia Dios y sea conducido a la vida espiritual y al bien, para que no continúe extraviándose de sí mismo, por esfuerzos desmesurados, sino que así tenga un freno que le impida evadirse fuera de sí mismo a cosas extrañas; o en otros términos: cuando Dios quiera realizar su obra, que lo encuentre entonces listo y no tenga necesidad de retirarlo primero de cosas lejanas y groseras. Pues cuanto mayor es el ansia de las cosas exteriores, más duro es apartarse de ellas: cuanto mayor es el amor, mayor es el sufrimiento cuando se trata de separarse. Así, ya se trate de oración, de lectura, de cánticos, de vigilia, de ayunos, de obras de expiación u otras cosas de esta clase, todos los ejercicios piadosos han sido inventados para que por ellos el hombre se afirme y se mantenga apartado de las cosas extrañas no divinas. De ahí viene que cuando el hombre se da cuenta de que el Espíritu de Dios no actúa en él, o más bien que su hombre interior se ha soltado de Dios, es cuando es más necesario que el hombre exterior se ocupe de los ejercicios piadosos, sobre todo de los que son más eficaces y más beneficiosos para él. Pero no para prevalerse de ellos, sino al contrario, en honor de la verdad, para que no sea desviado y extraviado por lo que está al alcance de su mano, sino que se agarre tan estrechamente a Dios que éste le encuentre muy cerca" (Tratado *Del Nacimiento Eterno*). Y en el mismo tratado insiste en que "El ayuno, la vigilia, la disciplina, la oración, las genuflexiones, las mortificaciones, llevar camisa de paño, acostarse en sitio duro y todas las otras cosas de este estilo, han sido inventadas porque el cuerpo y la carne se oponen en todo momento al

espíritu: el cuerpo es para él demasiado fuerte, siempre hay entre ellos una lucha en regla, una lucha eterna. El cuerpo aquí abajo es audaz y fuerte, pues aquí abajo está en su casa, el mundo lo ayuda, la tierra es su patria, todos sus aliados: comida, bebida, comodidades, están en contra del espíritu. El espíritu aquí abajo es un extranjero, en el cielo es donde él tiene a sus aliados". En definitiva, "Quien está bien encaminado en medio de la verdad, se siente a gusto en todos los lugares y con todas las personas. Mas, quien anda mal, se siente mal en todos los lugares y entre todas las personas. Pero aquel que anda por buen camino, en verdad lleva consigo a Dios" (*Coll.* 6). Y el camino para refrenar el ego tiene muchos nombres; humildad, amor, desapego... "¡pero si quieres dominarle y encadenarle mil veces mejor, ponle la brida del amor! Con el amor es como le sobrepasas más perfectamente" (Tratado *Del Nacimiento Eterno*).

VI.- ¿CÓMO COMPRENDER?: EL MODO SIN MODO

Ni siquiera el lenguaje espiritual, incluida la forma poética, llega nunca a expresar aquello que, por naturaleza, es inefable. De ahí que abunde en giros y metáforas equívocas o paradójicas. De entrada, se habla de camino espiritual, de peldaños, grados, viaje, peregrinación, etc., lo que supone concebir el alma como un móvil ajeno y extraño a Dios que va de un sitio a otro, un objeto que se desplaza en un espacio que no existe. Se utilizan verbos de acción o de movimiento tales como alcanzar, hacer, meditar, purificar, realizar, nacer, etc. que parecen convertir al alma en un ente imperfecto e incompleto que necesita experiencias para lograr madurar. Se habla, en definitiva, de un proceso, un método o modo de llegar a Dios, como si el alma no estuviera ya *en* Dios, porque, en efecto, de ser así, mientras el alma no ha llegado todavía *a* Dios, ¿dónde está entonces? ¿En un lugar ajeno y distinto a Dios? ¿Acaso es posible tal alteridad o alienación? La paradoja es racionalmente irresoluble por lo que sólo cabe una comprensión espiritual que transcienda el conocimiento basado en la relación sujeto-objeto, es decir, un conocimiento unitivo o supraindividual. En diversas ocasiones el lenguaje místico eckhartiano se topa con estas paradojas y las soluciona de la única manera en que es posible hacerlo. El itinerario hacia Dios es un «Camino sin camino» (*wec âne wec*), porque "A Dios hay que tomarlo en tanto que *modo sin modo* y en tanto que *ser sin ser,* pues no tiene ningún modo" (Serm. *Surrexit autem Saulus de terra*). Ciertamente, se requiere de cierta sutileza para comprender el lenguaje místico. Por ejemplo, cuando se habla de salir de sí (*ûzgân*), no se trata de proyectar nada al exterior, pues en ese caso "Cuanto más lejos van, tanto menos encuentran aquello que buscan. Caminan como uno que ha errado el camino: cuanto más avanza, tanto más se dirige al error. ¿Qué tiene que hacer? En primer lugar, tiene que dejarse, entonces lo habrá abandonado todo". Se trata de un modo «sin modo» (âne wîse) de comprender. Sólo el que busca a Dios sin modo, lo aprehende tal y como es en sí, sin razonamientos, ni razones ni *porqués*. "Si alguien estuviera durante miles de años preguntando a la vida ¿*Por qué* vives tú? Si la vida pudiera contestar le diría: Yo vivo *porque* vivo". En suma, no hay verdadero conocimiento si no hay transformación del sujeto en objeto de comprensión. Ese es el círculo de la eternidad, un círculo sin centro en el que sujeto y objeto son transcendidos no solo en la *unidad* sino más bien en la *unicidad*. Allí hay una paz y estabilidad perfectas porque no hay ya deseo de ser alguien ni de llegar a ninguna parte porque se Es; "Quien todavía anda en el subir y en el crecer

en la Gracia y en la Luz, ése aún no ha llegado a Dios. Dios no es una luz creciente, aunque hay que haber llegado a él mediante el crecer. En el crecer no se ve nada de Dios. Si Dios tiene que ser visto, debe ser en una luz que es Dios mismo. Un maestro dice: en Dios no hay ni menos ni más, ni un esto ni un aquello. Mientras estamos de camino no llegamos" (Serm. *Surrexit autem Saulus de terra*). Pero el hombre se deja engañar por el espejismo de la apariencia de los objetos tomándolos como si fueran verdaderos.

La causa del problema es que creemos ver dualidad donde hay sólo unidad sin tiempo ni espacio que pueda ser recorrido. El maestro alemán trae a colación el pasaje bíblico de la *conversión* de María Magdalena *alterada* porque, buscando la unidad, todavía se encuentra en el mundo de la dualidad hasta que se da la vuelta, es decir, mira sobre sí misma. En esa plenitud unitiva "donde no hay ni día ni noche; aquello que se halla a una distancia de mil millas, allí se encuentra tan cerca de mí como el lugar donde estoy parado ahora, allí hay plenitud y magnificencia de toda la divinidad, allí hay unidad. El alma, mientras percibe aún cualquier diferencia, anda mal; mientras todavía hay algo que mira hacia fuera o hacia dentro, no hay unidad. María Magdalena buscaba a Nuestro Señor en la tumba, buscaba a un muerto y encontró a dos ángeles vivos; por eso se sintió aún desconsolada. Entonces dijeron los ángeles: «¿De qué te preocupas? Estás buscando un muerto y encuentras a dos vivos». Entonces dijo ella: «Justamente esto es mi desconsuelo; que yo encuentre a dos y, sin embargo, busco a uno solo». (Cfr. Juan 20,11 ss.). Mientras aún es posible que alguna diferencia de cualquier cosa creada mire al interior del alma, ella sentirá aflicción" (Serm. *Convescens praecepit eis*). Afortunadamente, siempre hay un jardinero que, como Jesús, saldrá al encuentro para tutelar la búsqueda.

En otro sermón, el maestro Eckhart recalca la importancia de la atención constante que se ha de tener para no caer en el error de verse como un ser diferente y separado de los demás dado que *todos somos un ser.* La dualidad implica verse distinto, es decir, creerse un individuo autónomo que tiene el ser por sí mismo y vive de compararse con otros para alimentar las diferencias. Con esa arrogante actitud no hacemos más que perjudicarnos; "si queréis ser un solo hijo, separaos de cualquier «no», porque el «no» produce diferenciación. ¿Cómo? ¡Fijaos! Por el hecho de que no seas aquel hombre, el «no» produce una diferenciación entre tú y aquel hombre. Y por consiguiente: si queréis carecer de diferenciación, libraos del «no». Porque en el alma hay una potencia separada del «no», ya que no tiene nada en común con cosa alguna; porque en esta potencia no hay nada fuera de Dios solo" (Serm. *Haec est vita aeterna*). O dicho con otro ejemplo, no somos el ojo que ve sino la visión, o mejor aún, somos aquello que comprende o transciende al sujeto que ve, a los objetos vistos y el mero acto de ver, es decir, visión pura, luz...; "Cuando mi ojo se abre, es un ojo; cuando está cerrado es el mismo ojo, y a causa de la vista, el madero no gana ni pierde nada. ¡Ahora comprendedme bien! Si sucede, empero, que mi ojo es uno y simple en sí mismo y, una vez abierto, fija la vista en el madero, cada uno de ellos sigue siendo lo que es y, sin embargo, en el proceso visual ambos se hacen una sola cosa de modo que se puede decir en verdad: Ojo-madero, y el madero es mi ojo. Mas, si el madero fuera incorpóreo y puramente espiritual como la vista de mis ojos, se podría decir, con toda verdad, que en el procedimiento de mi vista, el ojo y el madero se hallaban en un solo ser. Si eso es cierto con respecto a las cosas corpóreas, ¡cuánto más vale para las espirituales! Debéis

saber que mi ojo tiene mucha más semejanza con el ojo de una oveja que se encuentra allende el mar y a la que nunca vi, de la que tiene mi ojo con mis oídos, con los cuáles comparte la unidad del ser; y esto se debe al hecho de que el ojo de la oveja tiene la misma actuación que tiene también mi ojo; y por ello les atribuyo más solidaridad en su actuación que a mis ojos y mis oídos, ya que estos se hallan separados en sus procedimientos... esa luz tiene más unidad con Dios de la que tiene con cualquier potencia del alma con la cual es, sin embargo, una en la esencia. Porque debéis saber que esa luz no es más noble en la esencia de mi alma que la potencia más baja o más burda, como son el oído, o la vista u otras potencias susceptibles de sufrir hambre o sed, frío o calor; y esto se debe al hecho de que la esencia es uniforme" (Serm. *Todas las cosas iguales*). El hombre puede "encontrar" a Dios porque en aquel existe un «algo» divino e increado capaz de tocarle directamente. En esto consiste la nobleza del hombre, pues «el Señor se descubre en nuestro fondo más íntimo, siempre y cuando Él nos encuentre en casa y el alma no haya salido de paseo con los cinco sentidos» (Tratado *Del Hombre Noble*).

VII.- ¿CÓMO ALCANZAR EL NACIMIENTO ETERNO?: EL ABANDONO O DESAPEGO

El maestro analiza su propia experiencia espiritual a la luz de otros textos místicos y anota con rotunda sencillez que la unión con Dios "cuando no se produce *en mí*, ¿qué me importa? ¡Que, por el contrario, se produzca en mí, es toda la cuestión!" (Tratado *Del Nacimiento Eterno*). La metafísica, la teología, la filosofía... no deben ser ciencias teóricas o especulativas sino empíricas que sirvan para que el sabio, el verdadero filósofo, teólogo o como quiera llamársele, dé testimonio de esa plenitud del tiempo con su experiencia. De nada sirve que se nos cuente lo que piensan unos y otros si ese conocimiento no nos indica la dirección correcta. La verdadera metafísica trata de mí, solo y exclusivamente de cómo realizar mi Mismidad. En otro caso, el conocimiento es un mero entretenimiento intelectual o una forma, como cualquiera otra, de ganarse la vida.

Eckhart dedica uno de sus tratados a explicar este viaje interior que va desde el hombre terrestre al hombre celeste, en «donde Dios ha vertido su imagen y semejanza... el Hijo de Dios, el Verbo de Dios» (Lc 8, 11). Para ello recurre al relato del apóstol: «Un hombre noble marchó a un país lejano para adquirir un reino y regresó» (Lc 19, 12). Siguiendo una tradición literaria que arranca de la visión de Jacob, compara ese peregrinaje espiritual a la ascensión por los peldaños de una escalera. Más concretamente, se inspira en el *De vera religione* de San Agustín para indicar los grados de ascensión del hombre celeste o noble. En el primer peldaño el hombre noble es como un niño que se alimenta con leche y sigue el ejemplo de los mayores. En el segundo grado, vuelve la espalda al siglo y busca la faz de Dios. En el tercer peldaño pierde el temor y se aproxima a Dios por amor. En el cuarto acepta el sufrimiento con serenidad. En el quinto alcanza el silencio, la paz de espíritu y el desasimiento y en el sexto grado es transformado más allá de sí mismo en la eternidad de Dios. San Agustín describía un séptimo grado de reposo supremo y beatitud eterna de modo que aunque Eckhart no habla de tal séptimo grado, lo cierto es que habla de reposo y de beatitud eternos en términos semejantes a los del santo de Hipona. Ese "estado" o "lugar" de reposo es la casa de Dios. Ese es el lugar sagrado sobre el que Jacob se echó a descansar y fue sobrecogido por la presencia divina. Por eso lo

llamó "casa de Dios" (Betel). Eckhart añade que "Jacob quiso descansar en el lugar. Este lugar es Dios... Este lugar es innominado, y de él nadie puede decir una palabra verdadera" (Serm. *Fue al atardecer de aquel día*). Ese lugar es el fondo del alma.

¿Cómo adentrarse en lo hondo del alma? ¿Cómo puede el hombre regresar al Paraíso perdido? Para Eckhart "el fundamento más firme sobre el cual puede erguirse esta perfección es la humildad, porque el espíritu de aquel cuya naturaleza se arrastra aquí en el rebajamiento máximo, levanta el vuelo hacia lo más elevado de la divinidad, pues el amor trae sufrimiento y el sufrimiento trae amor. Y por lo tanto, quien desea alcanzar el perfecto desasimiento, que corra tras la perfecta humildad, así se acercará a la divinidad" (Tratado *Del Desasimiento*). Y en otro lugar insiste en que "para llegar al fondo de Dios y a su más profundo interior, hemos de llegar previamente, con fervorosa humildad, a nuestro propio fondo y a nuestro interior más profundo... En la medida en que el alma llega a ese fondo y a lo más íntimo de su ser, en esa misma medida se derrama en ella plenamente la fuerza divina y obra en lo totalmente oculto y revela también las obras grandes y la torna a ella grande y elevada el divino amor, semejante al oro puro" (Serm. *In hoc apparuit caritas dei in nobis*). Ambos fondos o abismos, el divino y el humano, se envuelven y unen porque son de semejante naturaleza.

¿Cuáles son las condiciones para que tenga lugar ese momento tan singular al que el maestro alemán define indistintamente como "iluminación", "unión con Dios", "nacimiento eterno", "plenitud del tiempo, "beatitud", etc.? Eckhart confiesa que "he investigado con seriedad y perfecto empeño cuál es la virtud suprema y óptima por la cual el hombre es capaz de vincularse y acercarse lo más posible a Dios, y debido a la cual el hombre puede llegar a ser por gracia lo que es Dios por naturaleza, y mediante la cual el hombre se halla totalmente de acuerdo con la imagen que él era en Dios y en la que no había diferencia entre él y Dios, antes de que Dios creara las criaturas. Y cuando penetro así a fondo en todos los escritos, según mi entendimiento puede hacerlo y es capaz de conocer, y no encuentro sino que el puro desasimiento supera a todas las cosas, pues todas las virtudes implican alguna atención a las criaturas, en tanto que el desasimiento (*Abegescheidenheit*) se halla libre de todas las criaturas" (Tratado *Del Desasimiento*).

Con la expresión *Abegescheidenheit*, acuñada por el propio Eckhart y posteriormente utilizada por su Escuela, se pretende no solo reflejar la condición indigente del espíritu que se despoja de todo lo creado, sino que indica también el proceso de conocimiento místico por excelencia; el conocimiento sin objeto, el no-saber o, lo que poco más de un siglo después, Nicolás de Cusa llamaría *docta ignorantia*. Es una experiencia de extrañamiento por la que el yo es privado de alimento (objetos) para que muera de inanición y no estorbe el anonadamiento del alma. Mediante el desprendimiento o desasimiento (*Abegescheidenheit*), el hombre debe renunciar por completo a sí mismo, y no aspirar a nada, ni siquiera al reino celestial. Eckhart invoca a San Pablo para afirmar que es preciso incluso no desear ni siquiera a Dios. "Por consiguiente le ruego a Dios que me prive de Dios", porque en el alma que se ha vaciado absolutamente de todo, Dios penetra necesariamente (recuérdese la distinción eckhartiana entre Dios y la Divinidad).

En el lenguaje místico en general y en el eckartiano en particular, la nada a la que conduce el desasimiento tiene al menos tres acepciones que conviene aclarar; en primer lugar hay una nada *ascética* en cuanto que el alma ha de vaciarse o desasirse totalmente de sus potencias y de sí misma para llegar a Dios. En segundo lugar, hay una nada *cosmológica* en cuanto que la creación es nada si se la compara con Dios y porque viene de la nada. Y finalmente, hay una nada *ontológica* o *metafísica* que se refiere a la unidad del Ser; la Identidad consigo misma, que equivale a la plenitud más allá del tiempo, el espacio y de toda cualidad.

En diversas ocasiones se refiere Eckhart a esa primera acepción. Por ejemplo, cuando comenta la experiencia extática que descabalgó a San Pablo del caballo (Hch 9, 3-8) y vio una luz cegadora en la que «nada veía»; "se levantó Saulo del suelo, y abiertos los ojos, nada veía. San Agustín dice: cuando San Pablo no veía nada, veía a Dios. Ahora invierto esta palabra y es mejor así: cuando veía la nada, veía a Dios... porque cuando el alma llega a lo uno y allí entra en un rechazo puro de sí misma, encuentra a Dios como en una nada" (Serm. *Surrexit autem Saulus de terra*). Es decir, cuando renunciaba y se vaciaba de sí mismo, cuando veía la nada de su "yo", sólo entonces pudo ver a Dios. Respecto a la segunda acepción, el místico alemán explica que "todas las cosas fueron creadas de la nada; por eso su verdadero origen es la nada, y en cuanto esta noble voluntad se inclina hacia las criaturas, en tanto se derrama con ellas en su nada... todas las criaturas ensucian ya que son una nada; pues la nada es una carencia y ensucia al alma. Todas las criaturas son pura nada; ni los ángeles ni las criaturas son algo. Agarran todo en todo y lo ensucian porque están hechos de la nada; son y fueron nada. Lo que les repugna a todas las criaturas y les produce disgusto, es la nada" (Serm. *In hoc apparuit charitas dei in nobis quoniam*). Finalmente, hay una nada que es plenitud; "hemos de ser uno solo en nosotros mismos, y estar apartados de todo, y, siempre inmóviles, debemos ser uno con Dios. Fuera de Dios no existe sino la sola nada. Por eso es imposible que en Dios pueda acaecer de algún modo un cambio o una transformación. Aquello que busca otro lugar fuera de sí, cambia. Mas Dios contiene en sí todas las cosas en plenitud; por eso, no busca nada fuera de sí mismo, sino sólo en la plenitud, tal como todo es en Dios. Cómo Dios lo lleva en sí, esto no lo puede comprender ninguna criatura" (Serm. *Unus deus et pater omnium*).

Es inútil entregarse a la práctica del desasimiento tratando de imaginarlo, definirlo o pensarlo, porque ello implica un proceso mental en el que el ego tratará de sacar algún beneficio. "Con referencia a ello pregunto ahora ¿cuál es el objeto del desasimiento puro? Contesto como sigue, diciendo que ni esto ni aquello constituye el objeto del desasimiento puro. Porque éste se yergue sobre la nada desnuda y te diré por qué es así: El desasimiento puro está situado sobre lo más elevado. Se yergue, pues, sobre lo más elevado, aquel en que Dios puede obrar de acuerdo con toda su voluntad" (Tratado *Del Desasimiento*). Quienes han culminado el desasimiento y vaciamiento total que adorna al hombre celeste "son aquellos que se han desasido totalmente de sí mismos y no buscan en absoluto lo suyo en ninguna cosa, sea la que fuere, grande o pequeña; aquellos que no miran nada por debajo ni por encima de ellos, ni lo que se halla a su lado o en ellos; aquellos que no piensan ni en bienes, ni en honores, ni en comodidades, ni en placeres, ni en provecho, ni en recogimiento, ni en santidad, ni en recompensa, ni en el reino de los cielos, habiéndose desasido de todo ello, de todo lo suyo..." (*Serm. Iusti vivent*

in aeternum). Es así como el hombre noble regresa a casa; "Tal hombre retorna más rico que cuando salió. Quien hubiera «salido» así de sí mismo, será restituido a sí mismo en el sentido más propio. Y todas las cosas que ha abandonado en la multiplicidad, le serán devueltas en la simplicidad, porque se encuentra a sí mismo y a todas las cosas en el «ahora» presente de la unidad. Y quien hubiera «salido» así, volverá mucho más ennoblecido que cuando «salió». Semejante hombre vive entonces con una libertad más independiente y en una desnudez acendrada, porque no debe preocuparse por nada ni emprender cosa alguna, ni mucho ni poco, porque todo cuanto posee Dios, lo posee él" (Serm. *Homo quidam nobilis*).

Eckhart nos descubre que el modelo o la clave para explicar la conversión espiritual del hombre se encuentra en el pasaje de Éx 3,14; "Yo soy el que Soy" (*Ego sum qui sum*), sin modos o atributos. Si el ser de Dios está más allá de los atributos, igualmente el hombre que desea realizar el ser deberá abandonar los modos o atributos personales por ser accesorios y evanescentes dado que nada exterior al Ser tiene la menor entidad. Tal desprendimiento, simpleza o pobreza espiritual es la única que puede provocar que «El templo esté vacío... como cuando todavía no era». De ahí que ese vaciamiento interior equivalga a un regreso al estado virginal anterior a la creación y al ser nacido; "el alma no puede volverse pura si no es empujada otra vez a su pureza primigenia, tal como Dios la creó" (Serm. *Vidi civitatem sanctam Ierusalem*). Para *regresar* a ese estado de pureza, es decir, para ser «un único hijo del Padre» los rasgos individuales deben desaparecer, ya que «el hombre individual es un accidente dentro de la naturaleza humana» (Tratado *Del Hombre Noble*). La renuncia a todo lo exterior se justifica en que todo lo creado carece de valor esencial; «Todas las criaturas son pura nada». Al hombre desapegado, al hombre celeste, nadie lo puede estorbar porque no ambiciona ni busca nada fuera de Dios. Y como la multiplicidad no puede distraerle de nada, es uno solo en lo Uno, donde toda multiplicidad se disuelve en la unidad; "Pues has renunciado a ti mismo y has salido de tus potencias y de su actividad y de la propiedad personal de tu esencia; por esto es absolutamente preciso que Dios entre en tu esencia y en tus potencias: porque te has despojado de todo lo que te es propio, has desertado de ello como está escrito: -La voz clama en el desierto-. Deja a esta voz eterna gritar en ti como le plazca y sé un desierto de ti mismo y de todas las cosas" (Tratado *Del Nacimiento Eterno*). Si en otra ocasión el maestro ensalzaba la virtud del amor como el impulso esencial para llegar a Dios, en otro lugar matiza la afirmación: "Yo, en cambio, elogio al desasimiento antes que a todo el amor. En primer término, porque lo mejor que hay en el amor es el hecho de que me obligue a amar a Dios, el desasimiento, empero, obliga a Dios a amarme a mí. Ahora bien, es mucho más noble que yo obligue a Dios a venir hacia mí en lugar de que me obligue a mí a ir hacia Dios. Y ello se debe a que Dios se puede relacionar más intensamente y unir mejor conmigo de lo que yo podría relacionarme con Dios. El que el desasimiento pueda obligar a Dios a venir hacia mí, lo demuestro como sigue: cualquier cosa gusta de estar en su lugar propio y natural. Ahora bien, el lugar propio y natural de Dios lo constituyen unidad y pureza que provienen del desasimiento. Por lo tanto, Dios debe entregarse necesariamente, Él mismo, a un corazón desasido" (Tratado *Del Desasimiento*). Como nadie puede en verdad obligar a Dios a nada, este párrafo solo puede entenderse dentro de un contexto metafísico en el que el hombre desasido y muerto al siglo, queda como abandonado o suspendido entre el Cielo y la tierra a merced del Señor. La afirmación esencial es que cuando el hombre se ha vaciado

por completo, entonces Dios le llena con su Gracia. Por eso, en otro párrafo, Eckhart da a entender que todo este proceso espiritual está íntegramente conducido por Dios desde el principio al fin y que ese final eventual entra dentro del terreno de la Gracia. Por una parte, es un don libérrimo de Dios, pero de otro lado, Dios no solo no escatima su Gracia sino que está deseoso de entregarla a quienes le buscan con la actitud adecuada; "por grandes que sean esta anulación y este achicamiento de uno mismo, siguen siendo defectuosos si Dios no los completa dentro de uno mismo. Sólo cuando Dios humilla al hombre por medio del hombre mismo, la humildad es completamente suficiente; y sólo así y no antes se hace lo suficiente para el hombre y para la virtud y antes no" (*Coll.* 23).

VIII.- EL TRABAJO A LA GLORIA DE DIOS Y EL DESAPEGO A LA VOLUNTAD PROPIA.

Afirma San Agustín que «Un servidor leal es aquel que no busca en todas sus obras nada más que la Gloria de Dios» (*Confess. X* c. 26 n. 37). Pero ¿cómo se obra a la Gloria de Dios? En algunas oraciones como el Padrenuestro exclamamos: «¡Señor, hágase tu voluntad!». Sin embargo, cuando su voluntad no nos satisface nos enojamos y buscamos argumentos para justificar nuestra terquedad; "a veces pensáis y decís: «Ay, si las cosas hubieran sucedido de otro modo, sería mejor», o: «Si esto no hubiera sucedido así, acaso habría resultado mejor». Mientras tengas esas ideas, nunca obtendrás la paz. Tú debes aceptar lo que suceda como lo mejor de todo" (Serm. *Omne datum optimum*). Paradójicamente, la recta intención es la que se realiza sin intención. En una de sus prédicas, Eckhart incluso enseña a sus oyentes que sería mejor decirle a Dios; «Hágase tuya la voluntad» en vez de «Hágase tu voluntad», porque así la voluntad humana se anonada por completo. Citando sus palabras; "el Padrenuestro reza: «¡Hágase tu voluntad!» (Mateo 6,10). Mas sería mejor: «¡Hágase tuya la voluntad!»; para que mi voluntad llegue a ser su voluntad, que yo llegue a ser Él" (Serm. *Praedica verbum*). Es decir, *yo llego a ser Él* cuando se renuncia a la idea de que hay un "yo" con voluntad autónoma que es autor de obras. No se trata, por tanto, de la vanidosa creencia de que se hacen obras en nombre de Dios en el sentido de considerarse un instrumento en sus manos. No se trata de que "yo haga" en nombre de Dios, porque ello implica la idea de que hay un "yo" autor de las obras distinto de Dios, sino de que sea Dios quien *haga* (en su inefable inmovilidad metafísica), es decir, aceptar o comprender que no hay nada fuera de Dios. Para Eckhart "Así debe ser un hombre bueno, de manera que no busque lo suyo en todas sus obras sino únicamente la honra de Dios. En tanto que tú con todas tus obras tiendes de alguna manera más hacia ti o más hacia una persona que hacia otra, la voluntad de Dios aún no ha llegado a ser verdaderamente tu voluntad. Nuestro Señor dice en el Evangelio: «Mi doctrina no es mía sino de Aquel que me ha enviado» (Juan 7, 16). Un hombre bueno debe proceder de la misma manera pensando: «Mi obra no es mía, mi vida no es mía» (Serm. *Moyses orabat*). En definitiva, ¿soy yo realmente el autor de mis obras? ¿Puedo yo arrogarme la autoría de los resultados de mis obras ¿Hasta qué punto puedo decir que son "mías" mis obras? Eckhart trae a colación dos versículos neotestamentarios para entrar en este sutil asunto: «Sin mí no podéis hacer nada» (Juan 15, 5) y cualquier obra que yo haga, «si no tengo amor, no soy nada» (1 Cor. 13, 1).

Pero Eckhart da un paso más en su explicación del ideal del *desasimiento* llegando a afirmar que el auténtico desasimiento implica *desapegarse del mismo deseo de desasimiento*. La verdadera liberación consiste en liberarse de la idea de que hay un "yo" que busca la liberación; supone renunciar a la idea de que hay un "yo" que renuncia. No se trata sólo de renunciar a la voluntad propia sino incluso de renunciar a la idea de que hay un "yo" que desea cumplir la voluntad de Dios. Para Eckhart es claro que "mientras el hombre todavía posee la voluntad de querer cumplir la queridísima voluntad de Dios, semejante hombre no tiene la pobreza adecuada, pues todavía tiene una voluntad con la que quiere satisfacer la voluntad de Dios, y esto no es pobreza genuina. Pues, si el hombre de veras ha de poseer la pobreza, debe estar tan libre de su voluntad creada como lo era antes de ser. Porque os digo por la eterna verdad: Mientras tenéis la voluntad de cumplir la voluntad de Dios y deseáis llegar a la eternidad y a Dios, no sois pobres; pues un hombre pobre es sólo aquel que no quiere nada ni apetece nada" (Serm. *Beati pauperes spiritu*).

En diversos sermones, el maestro Eckhart amplía uno de los signos del verdadero desprendimiento; la pobreza interior. La auténtica pobreza implica la renuncia al propio "yo", es decir, a la voluntad propia, incluida la apropiación de las consecuencias de los actos. Según el maestro, hay dos clases de pobreza: la pobreza exterior y la pobreza interior. A ésta última se refiere Jesucristo cuando dice: «Bienaventurados son los pobres en espíritu» (Mateo 5, 3). Para Eckhart, es la pobreza del que "no quiere nada", lo cual implica el no hacer las obras en busca de un resultado aunque éste sea espiritual porque, en ese caso, es el "yo", el "ego", quien está detrás calculando si tales penitencias serán suficientes para la salvación del alma. Sin embargo hay "algunas personas que se empecinan en conservar su propio yo en sus penitencias y ejercicios exteriores... A esos hombres se los llama santos a causa de las apariencias, pero en su fuero íntimo son asnos porque no captan el carácter simbólico de la verdad divina" (Serm. *Beati pauperes spiritu*). La renuncia a la voluntad propia significa que solo se quiere y se obra aquello que place a Dios y no al "ego", "pues es ésta la pobreza en espíritu: que el hombre se mantenga tan libre de Dios y de todas sus obras que Dios, si quiere obrar en el alma, sea Él mismo el lugar en el cual quiere obrar..." (Serm. *Beati pauperes spiritu*). La filosofía del desapego implica que, cuando uno acepta que no existe un sujeto protagonista de la acción, el alma pierde el interés por los objetos externos, se facilita la *conversión* de la atención en 180º, es decir, la vuelta de la atención sobre sí mismo.

¿Cuál es la adecuada actitud ante el mundo de las obras? O más propiamente, ¿qué es la recta acción? Para el maestro alemán: "El justo no intenta conseguir nada con sus obras; pues, quienes intentan conseguir algo con sus obras o también aquellos que obran a causa de un porqué, son siervos y mercenarios. Por eso, si quieres ser informado en la justicia y transformado en su imagen, no pretendas nada con tus obras y no te construyas ningún porqué, ni en el siglo ni en la eternidad ni con miras a una recompensa o a la bienaventuranza o a esto o a aquello; porque semejantes obras de veras están todas muertas... Por eso, si quieres vivir y aspiras a que vivan tus obras, debes estar muerto y aniquilado para todas las cosas. Es propio de la criatura hacer algo de algo; mas, es propio de Dios hacer algo de nada. Por eso, si Dios ha de hacer algo en tu interior o contigo, debes haberte aniquilado antes. Y por ende, entra

en tu propio fondo (*grund*) y obra ahí; y las obras que haces ahí, serán todas vivas" (Serm. *Iustus in perpetuum vivet*).

En varias ocasiones recurre Eckhart al lema de «Vivir sin porqué», vivir sin intención o finalidad alguna. La única intención buena es la ausencia de intención, lo cual solo puede producirse dentro del fondo del alma: "Desde este fondo más entrañable has de obrar todas tus obras sin porqué alguno. De cierto digo: Mientras hagas tus obras por el reino de los cielos o por Dios o por tu eterna bienaventuranza, es decir, desde fuera, realmente andarás mal" (Serm. *In hoc apparuit caritas dei in nobis*). "Por eso, dales la espalda a todas las cosas y tómate puro en el ser; porque cuanto está fuera del ser, es «accidente» y todos los accidentes producen un porqué" (Serm. *Iustus in perpetuum vivet*). Ciertamente, el primer *porqué* pudo ser el acicate para iniciar nuestra búsqueda, pero al final de la búsqueda nos encontramos con que la respuesta es *sine quare*, sin *porqué*: "El fin es universalmente aquello mismo que es el principio. No tiene *por qué*, ya que él es el principio de todo y para todas las cosas". Trascendido el pensamiento, ya no hay "razón" de la razón. Alcanzada la *unión mística* y superada la distinción sujeto-objeto ¿quién hay para preguntar nada?, ¿quién hay para sentirse *hacedor* de algo?, ¿quién hay para contemplar qué?

El desapego de la acción comprende tanto la renuncia a considerarse el autor, como a apropiarse de las consecuencias de tal acción. Supone la aceptación de que la voluntad no interviene en ese proceso porque no hay más voluntad que la de Dios. El argumento con el que Eckhart justifica la necesidad del desapego o renuncia a tener voluntad propia es, ciertamente, inapelable y contundente: *Dios no se entrega a una voluntad ajena*. "El hombre debe aprender a sacar de su interior su sí-mismo y a no retener nada propio y a no buscar nada, ni provecho ni placer ni ternura ni dulzura ni recompensa ni el paraíso ni la propia voluntad. Dios nunca se entregó, ni se entregará jamás, a una voluntad ajena" (Col. 21). En otro caso, "si buscas algo distinto a Dios, la obra que realizas no es tuya ni es, por cierto, de Dios" (Serm. *Impletum est tempus Elizabeth*). Y si hay algún propósito, éste ha de ser, en todo caso, la *unión mística*. Hay otro argumento igualmente clarificador: Si renuncias a tu voluntad para ponerte en manos de Dios, entonces Dios quiere por ti y a través de ti: "Si quieres que Dios te pertenezca de tal manera, hazte propiedad de Él y no retengas en tu intención nada fuera de Él; entonces Él será el comienzo y el fin de todas tus obras así como su divinidad consiste en que es Dios. El hombre que de tal modo no pretende ni ama en sus obras nada que no sea Dios, Dios le da su divinidad" (Serm. *Surge illuminare iherusalem*). Y en otra parte abunda en la misma idea: "Allí donde el hombre, en obediencia, sale de su yo y se deshace de lo suyo, justamente allí Dios, a su vez, debe entrar por fuerza; pues cuando alguien no quiere nada para sí, Dios tiene que querer en su lugar, de la misma manera que para Él mismo... Así sucede con todas las cosas: donde yo no quiero nada para mí, Dios quiere en mi lugar" (Col. 1).

En rigor, lo que Eckhart plantea es un modo de disciplinar la arrogancia del "ego" haciéndole ver que no es autor de nada y que carece de capacidad de decisión. No se trata, por tanto, de una aniquilación de la voluntad sino de un cambio total de perspectiva. El "yo" ha de ceder mansamente el control. El hombre exterior ha de entregar su voluntad al hombre interior.

Solo así, el hombre se desprende o libera de la servidumbre del cuerpo, los condicionamientos del tiempo y de la ilusión de verse separado de Dios: "La voluntad es íntegra y recta cuando carece de ataduras al yo y ha salido de sí misma y se ha hecho imagen y forma dentro de la voluntad divina. Cuanto más suceda esto, tanto más recta y verdadera es la voluntad" (*Coll.* 10). Ciertamente, desde el punto de vista metafísico, al renunciar a la *voluntad propia* y a las *obras* no se renuncia a nada, dado que éstas son estériles ante Dios, pero ese es el camino hacia el vaciamiento del "ego": "No hay cosa alguna para hacernos hombres verdaderos que el renunciamiento a nuestra voluntad. De veras, sin renunciar a nuestra voluntad en todas las cosas, no obramos absolutamente nada ante Dios. Pero, si llegáramos a desprendernos íntegramente de nuestra voluntad y nos animáramos a renunciar a todas las cosas, exterior e interiormente, por amor de Dios, entonces habríamos hecho todo y antes no" (*Coll.* 11). Y en efecto, sólo el amor entendido como anhelo de Dios, puede dirigir al hombre a resignar su propia voluntad y a aceptar la voluntad de Dios.

Por otra parte, la idea común de que la vida contemplativa es incompatible o está reñida con la vida activa fue un tema al que Eckhart dedicó especial atención porque afectaba a un aspecto esencial del desasimiento como vía espiritual. En esencia, la cuestión planteada es que acción y contemplación son aspectos complementarios siempre y cuando ésta inspire a aquélla, es decir, que las obras solo tienen verdadero sentido si se hacen con desapego. "¿Qué ocurrirá entonces con las obras exteriores, que sin embargo debemos practicar de vez en cuando, las obras del amor, que son todas exteriores, como enseñar y consolar, cuando hay necesidad de ello?... No tenemos que habérnoslas más que con una sola cosa: acometemos un único y mismo fondo, que comprende también la contemplación y hacemos fructificar su contenido en las obras, en la acción. Sólo así se alcanza el verdadero fin de la contemplación... ¡esto viene de Dios y vuelve a su mismo fin! Como si yo fuera en esta casa de una punta a la otra: eso sería un cambio y sin embargo sería una única y misma cosa. En el estado de la acción sólo se tiene en Dios un estado de contemplación. Uno en otro encuentran su reposo y su perfección: el único estado de la contemplación apunta hacia la fecundidad en la acción. En la contemplación sólo te eres útil a ti mismo, pero en las buenas obras le eres útil a muchos" (Tratado *Del Nacimiento Eterno*). En última instancia, la recta acción llega a ser tal en la medida en que se efectúa en contemplación, es decir, sin que haya sentido de un "yo" autor o hacedor que se apropie de nada. En otro caso, las obras y sus consecuencias, por muy grandiosas que parezcan, son estériles, incluidas las que aparenten estar exteriormente inspiradas por Dios; "En el justo no ha de obrar ninguna cosa sino únicamente Dios. Pues, si algo fuera de ti te impele a obrar, en verdad todas esas obras están muertas; y aún en el caso de que Dios te estimule desde fuera para que obres, todas esas obras están muertas. Mas, si tus obras han de vivir, Dios tiene que impelerte en tu interior, en lo más acendrado del alma, porque allí se halla tu vida y sólo allí vives" (Serm. *Iustus in perpetuum vivet*). Siguiendo la tradición mística contemplativa, Eckhart acude al conocido pasaje bíblico de Lucas 10,41-42 para afirmar la superioridad de la vida contemplativa (María escucha a Jesús arrobada a sus pies) sobre la vida activa (Marta, mientras tanto, prepara la comida y se queja de la pasividad de María); "Por eso ella dijo: «Señor, dile que me ayude», «Marta, Marta, te preocupas por demasiadas cosas, cuando sólo una es necesaria. María ha escogido la mejor parte, que ya nunca se le podrá quitar» (Serm. *Intravit*

Iesus in quoddam castellum). El episodio de la disputa entre Marta (la vida activa) y María (la vida contemplativa) le sirve al místico alemán para explicar que una cosa es estar *en* las cosas, o sea, apegado o identificado a las obras, y otra muy distinta estar *junto* a las cosas sin ser afectado por ellas. "Por eso dice Cristo: «Estás junto a las cosas y junto al cuidado», y con ello quiere decir que en los sentidos externos Marta se sentía afectada y afligida por las cosas del mundo, pues no se hallaba cuidada como María en la dulzura del espíritu. Ella estaba junto a las cosas, no en las cosas; estaba apartada de ellas y las cosas apartadas de ella" (Serm. *Intravit Iesus in quoddam castellum*). Ciertamente Marta (la vida activa) es la perfección a la que se llega en el ejercicio de la acción interior. Pero para que la vida de Marta no sea huera, hay que ser previamente María, porque la acción tiene sentido tras la comprensión, y no antes.

En definitiva, la verdadera contribución a la Gloria de Dios no consiste en un hacer, sino en Ser. Como diría Eckhart: "La gente nunca debería pensar tanto en lo que tiene que hacer; tendrían que meditar más bien sobre lo que son. Pues bien, si la gente y sus modos fueran buenos, sus obras podrían resplandecer mucho. Si tú eres justo, también tus obras son justas. Que no se pretenda fundamentar la santidad en el actuar; la santidad se debe fundamentar en el ser" (*Coll.* 4).

IX.- LA CONTEMPLACIÓN SIN OBJETO

Conviene advertir que el discurso de Eckhart no obedece a unos fines meramente teóricos o especulativos. Por el contrario, responden a su propia experiencia contemplativa. El maestro muestra constantemente que sólo el desasimiento lleva a la contemplación de Dios. En sus primeros pasos, la contemplación de Dios requiere de una práctica muy concreta que genéricamente es denominada oración contemplativa. Bajo esta práctica se esconde una enseñanza definida e incluso, si se nos permite la expresión, una técnica precisa. Ante todo se trata de una oración unitiva que conduce a Dios. No sólo hay que recoger los sentidos, sino que además hay que olvidar todo deseo, pensamiento, por espiritual que parezca, y supeditar todo lo que proceda del mundo creado a la visión de Dios.

¿De qué sirve que las potencias del alma queden suspendidas y detenidas? En rigor, cuando la atención se vuelca en los objetos externos, las potencias se distraen y dispersan, es decir, se debilitan. Por el contrario, al reunir lo disperso, puede volverse toda la fuerza de la atención hacia el fondo del alma; "el alma con las potencias se ha dispersado y disipado fuera, cada una de ellas en su operación: la potencia de la vista en el ojo, la del oído en la oreja, la del gusto en la lengua. Y en la misma medida se han vuelto débiles para hacer su obra interiormente. Pues toda potencia que se extienda fuera es imperfecta. Y por eso si el alma quiere desplegar interiormente una vigorosa eficacia, debe llamar a todas sus potencias y reunirlas, aparte de las cosas desordenadas, en una acción interior" (Tratado *Del Nacimiento Eterno*). Es una actitud de concentración o de atención pura en la que, liberado de los pensamientos y del apego a los objetos, el alma queda por completo vacía y se entrega a Dios. De ese modo, el orante "no se perturba por nada ni está atado a nada, ni tiene atado lo mejor de sí mismo a ningún modo, ni mira por lo suyo en cosa alguna, sino que está abismado completamente en la queridísima

voluntad de Dios, luego de haberse despojado de lo suyo... Uno ha de rezar con tanto vigor que desearía que todos los miembros y potencias del hombre, la vista como los oídos, la boca, el corazón y todos los sentidos, estuvieran dirigidos hacia esta finalidad; y no se debe terminar antes de sentir que uno está por unirse con Aquel a quien tiene presente, dirigiéndole su súplica, esto es: Dios" (*Coll.* 2). Por tanto, se trata de una oración que no solo no es oral, sino que ni siquiera es mental. Es una oración sin objeto porque su finalidad es carecer de finalidad, es decir, oración pura y desinteresada. De hecho, ni siquiera cabe rezo alguno. Eckhart aclara más la naturaleza de la oración contemplativa; "¿cuál es la oración del corazón desasido? Contesto diciendo que la pureza desasida no puede rezar, pues quien reza desea que Dios le conceda algo o solicita que le quite algo. Ahora bien, el corazón desasido no desea nada en absoluto, tampoco tiene nada en absoluto de lo cual quisiera ser liberado. Por ello se abstiene de toda oración, y su oración sólo implica ser uniforme con Dios. En esto se basa toda su oración. En este sentido podemos traer a colación lo dicho por San Dionisio con respecto a la palabra de San Pablo donde éste dice: «Son muchos quienes corren detrás de la corona y, sin embargo, uno solo la consigue» (Cfr. 1 Cor. 9, 24); todas las potencias del alma corren para obtener la corona y, sin embargo, la consigue sólo la esencia. Dionisio dice pues[9]: La carrera no es otra cosa que el alejamiento de todas las criaturas y el unirse dentro de lo increado. Y el alma, cuando llega a esto, pierde su nombre y Dios la atrae hacia su interior de modo que se anonada en sí misma, tal como el sol atrae hacia sí el arrebol matutino de manera que éste se anonada. A ese estado lo que conduce mejor al hombre es el desasimiento. A este respecto podemos referirnos también a la palabra pronunciada por Agustín. El alma tiene una entrada secreta a la naturaleza divina donde se le anonadan todas las cosas. En esta tierra la tal entrada no es sino el desasimiento puro. Y cuando el desasimiento llega a lo más elevado, se vuelve carente de conocimiento a causa del conocimiento, y carente de amor a causa del amor y oscuro a causa de la luz" (Tratado *Del Desasimiento*).

La enseñanza de Eckhart supone la supeditación de la meditación a la contemplación. De hecho, cuando él mismo expone "lo que el hombre debe hacer para que este nacimiento se produzca en él y se realice con éxito: si es mejor que haga por su parte algo para esto, por ejemplo teniendo representaciones de Dios o pensando en él, o que se quede tranquilo en un estado de reposo, de silencio y que entonces Dios hable y actúe en él y que él espere simplemente la operación de Dios" (Tratado *Del Nacimiento Eterno*), aboga inequívocamente por la superioridad de la contemplación. "Así es pues cómo el hombre debe evadirse de sus sentidos, volverlos hacia el interior y entrar en un olvido de todas las cosas y de sí mismo. Por eso es por lo que un maestro increpa al alma en estos términos: ¡Retírate de la agitación de las ocupaciones exteriores!, y más adelante: ¡Huye y escóndete del tumulto de la actividad exterior así como de los pensamientos del interior, pues sólo crean problemas!" (Tratado *Del Nacimiento Eterno*). Pero para evitar que el aspirante se instale cómodamente en falsas conceptualizaciones, nuevamente el maestro socava el edificio argumental del que pretenda absolutivizar la vida contemplativa; "quien se imagina que recibe más de Dios en el ensimismamiento, la devoción, el dulce arrobamiento y en mercedes especiales, que cuando se halla cerca de la

[9] Dionysius Areopagita, *De divinis nominibus* c. 4 *5.* 9 y c. 13 *5.* 3.

lumbre o en el establo, hace como si tomara a Dios, le envolviera la cabeza con una capa y lo empujara por debajo de un banco. Pues, quien busca a Dios mediante determinado modo, toma el modo y pierde a Dios que está escondido en el modo. Pero quien busca a Dios sin modo lo aprehende tal como es en sí mismo" (Serm. *In hoc apparuit caritas dei in nobis*).

X.- VACIAR EL TEMPLO DE PENSAMIENTOS

Guiado por su propia experiencia mística, Eckhart propugna la suspensión de los sentidos y del pensamiento, es decir, el desprendimiento del conocimiento ordinario, como medio de trascender la individualidad. Explica que: "El alma tiene dos ojos, uno interior y otro exterior. El ojo interior del alma es aquél que mira adentro del ser y recibe su ser de Dios en forma completamente inmediata" (Serm. *In diebus suis placuit deo*). El predominio de una de esas dos formas de visión produce dos clases de hombres; el hombre interior, cuyo anhelo de Dios le mueve a la contemplación mediante el recogimiento o suspensión de las potencias del alma, y el hombre exterior que vive identificado con los objetos del pensamiento; "Ahora bien, hay algunas personas que gastan las potencias del alma completamente en provecho del hombre exterior. Ésta es la gente que dirige todos sus sentidos y entendimiento hacia los bienes perecederos; no saben nada del hombre interior" (Tratado *Del Desasimiento*).

La meditación pura requiere del recogimiento de las potencias del cuerpo y del alma (los sentidos y el pensamiento), abandonar toda distracción exterior y volcar toda la atención en el interior: "Quien quiera entender la doctrina de Dios debe recogerse y encerrarse en sí mismo y separarse de toda preocupación y fracaso y de la agitación de las cosas inferiores. Debe superar las potencias del alma, tan numerosas y tan ampliamente divididas, tanto si se hallan en el pensamiento como si el pensamiento, cuando actúa en sí mismo, obra maravillas. Incluso debe superar este pensamiento, para que Dios hable en todas las potencias sin división" (Serm. *Videns Iesus turbas*). En la práctica contemplativa, el vaciamiento de sí mismo equivale al silencio de la mente, a la ausencia de pensamiento (*gedenken*); "debes desprenderte de todas tus actividades y reducir al silencio a todas tus potencias, si verdaderamente quieres realizar en ti este nacimiento; ¡si quieres encontrar al rey que acaba de nacer debes pasar delante de todo lo que puedas encontrar por ahí y dejarlo atrás" (Tratado *Del Nacimiento Eterno*). "Por esto ha dicho un maestro: «Cuando el hombre ha de realizar una obra interior es preciso que recoja todas sus fuerzas, en cierta forma en una esquina de su alma, y se oculte a todas las imágenes y las formas y entonces podrá actuar. Es preciso que llegue a un estado de olvido, de ignorancia. Es preciso que haya tranquilidad y silencio donde esta palabra debe ser percibida: no se puede llegar a ella mejor que por la tranquilidad y el silencio; ahí se la puede oír, ahí se la comprende como es necesario: ¡en la ignorancia! Cuando ya no se sabe nada, ella se deja ver y se revela" (Tratado *Del Nacimiento Eterno*). Los episodios de Moisés ante la zarza ardiendo o del trance de San Pablo le sirven al místico alemán para racionalizar su experiencia contemplativa; "El espíritu había atraído hacia él de tal forma a todas las potencias del alma que el cuerpo había desaparecido para él: allí, ni la memoria ni la razón, ni los sentidos, ni las potencias a las que corresponde conducir y alimentar a los sentidos, ninguna estaba ya activa; el fuego y el calor vital estaban suspendidos" (Tratado *Del Nacimiento Eterno*).

Todo lo que provenga de los sentidos, todo lo que pueda ser aprehendido o experimentado, no puede formar parte de nuestra naturaleza real porque implica que hay un sujeto que adquiere algo que antes no poseía. Y como el fondo del Alma es autosuficiente, pura esencia y unidad, todo lo que el "yo" adquiera, incluido el conocimiento, constituye algo sobreimpuesto y epidérmico al alma a modo de cáscara accesoria. En consecuencia, la verdadera paz no puede venir de algo tan mudable como el conocimiento porque "Cuando tengo sabiduría, no la soy yo mismo. Puedo obtener sabiduría, y también puedo perderla. Pero cualquier cosa que se halla en Dios, es Dios; y no se le puede escapar" *(Serm*. *Nunc scio vere*). "Si alguien ve alguna cosa, o si algo penetra en tu conocimiento, eso no es Dios, justamente, porque no es ni esto ni lo otro. A quien diga que Dios está aquí o allí, no le creáis. La luz, que es Dios, brilla en las tinieblas... Dios es una luz verdadera; quien quiera verla debe ser ciego" (Serm. *Surrexit autem Saulus de terra*)*.* Por ello, el conocimiento desde las potencias externas (los sentidos y el entendimiento) es imperfecto porque, al basarse en la dualidad sujeto-objeto, impide conocer la esencia y fondo de las cosas. Por el contrario, el conocimiento en Dios o *como* Dios permite descubrir la esencia unitaria de todo porque el sujeto es simultáneamente el propio objeto de atención o, dicho en otros términos, es un conocimiento sin objeto, puro y directo que transciende la aparente pluralidad de los objetos al contemplarlos en su unidad esencial; "cuando alguien conoce alguna cosa de los objetos exteriores, algo interviene en él, al menos una impresión. Cuando quiero obtener la imagen de una cosa, por ejemplo de una piedra, entonces atraigo de ella en mi interior lo más tosco; lo extraigo de ella hacia fuera. Pero cuando sucede en el fondo de mi alma, allí la imagen se halla en lo más alto y noble; no es nada sino una imagen espiritual. En las cosas que mi alma conoce del exterior, algo extraño penetra en ella; pero lo que conozco de las criaturas en Dios, allí no entra nada en el alma sino sólo Dios, pues en Dios no hay nada sino Dios. Si conozco a todas las criaturas en Dios, las conozco en tanto que nada" (*Ser. Surrexit autem Saulus de terra*)*.* La invocación de Juan 17, 1 "En esto consiste la vida eterna; en que conozcan a ti solo, como Dios uno y verdadero", le da pie para afirmar la inutilidad de todo conocimiento en el que Dios no sea sujeto-objeto; "Si yo conociera todas las cosas y no a Dios, no habría conocido nada. Mas, si conociera a Dios y no conociese ninguna otra cosa, habría conocido todas las cosas. Cuanto más insistente y profundamente se conoce a Dios como «uno», tanto más se conoce la raíz de la cual han germinado todas las cosas. Cuanto más se conoce como «uno» la raíz y el núcleo y el fondo de la divinidad, tanto más se conocen todas las cosas. Por eso dice: «Para que te conozcan Dios uno y verdadero». No dice ni Dios «sabio» ni Dios «justo» ni Dios «poderoso», sino únicamente «Dios uno y verdadero», y quiere decir que el alma debe apartar y mondar todo cuanto se agrega a Dios en el pensamiento o en el conocimiento, y que se lo tome desnudo tal como es un ser acendrado: así es Dios verdadero"(Serm. *Nuestro Señor levantó*).

Pero ¿existe entonces alguna forma de *conocimiento* infalible? El hombre ha de comprender que a Dios no se le puede conocer a través de los sentidos. La paz, la felicidad de la visión de la faz de Dios no es experimentable a través de las potencias del entendimiento. Erróneamente, el hombre cree que puede realizarse a través de los sentidos y el pensamiento y se vuelca en una alocada carrera por acumular experiencias, deseos, posesiones. Cree que cuantas más cosas tenga, más realizado estará. Pero como, por su propia naturaleza, los objetos del pensamiento

vienen y van continuamente, el placer que ellos le procuran también es intermitente. La propia felicidad es un estado o sentimiento que sólo cobra sentido en relación a otro estado de no felicidad (sufrimiento, desasosiego...). Se experimenta la felicidad cuando se accede a ella desde un estado de no felicidad. Por eso nadie es feliz *siempre* porque entonces no podría existir un sentimiento o sensación con la cual compararla. La angustia y frustración que provoca esa transitoriedad de la felicidad, o de cualquier estado, empuja al hombre a buscar la estabilidad en el mundo espiritual: "Dijo Nuestro Señor: «Sólo estando dentro de mí, tenéis paz» (Cfr. Juan 16, 33). Exactamente en la medida en que uno está dentro de Dios, uno se halla en paz. Aquella parte de nosotros que se halla en Dios, tiene paz; la otra parte que está fuera de Dios, tiene desasosiego. Dice San *Juan:* «Todo cuanto ha nacido de Dios, vence al mundo» (1 Juan 5, 4)" (Serm. *Populi eius qui in te est, misereberis*). Quien se empeña en llegar a Dios por medio de la razón humana no hará más que construir un Dios pensado. Y el mundo del pensamiento es el reino vano de los objetos y de la dualidad. En rigor, no hay objetos sino conceptos creados por la mente. La "felicidad", la "paz", el "Alma", "Dios", etc. son meras conceptualizaciones que la mente crea o imagina y que clasifica en los miles de archivos o cajoncitos de su memoria. Desde el momento en que los convertimos en "objetos" de pensamiento, los convertimos en algo externo y ajeno a nosotros. Por eso el pensamiento es una forma imperfecta y alienadora (es decir, nos convierte en "otro") de conocimiento porque ve dualidad donde solo hay unidad.

En efecto, "Dios" es también otro pensamiento generado por la mente para alimentar la dualidad de un sujeto (yo) que reza y obtiene servicios de un objeto (Dios). El problema de pensar o recordar a Dios es que nos mantenemos en la dualidad y separación de Dios. Mientras pensamos en Dios, lo alejamos de nosotros porque lo vemos como algo distinto y distante. Así, nunca se puede culminar el camino espiritual; "El hombre no debe tener un Dios pensado ni contentarse con Él, pues cuando se desvanece el pensamiento, también se desvanece ese Dios. Uno debe tener más bien un Dios esencial que se halla muy por encima de los pensamientos de los hombres y de todas las criaturas" (*Coll.* 6). Llega aquí el maestro a una conclusión fundamental; el hombre que aspira a unirse a Dios debe transcender el nivel de los pensamientos por muy nobles y positivos que sean. También las imágenes, pues no son más que pensamientos de carácter visual: "Ahora podríais decir: «¡En el alma no hay sin embargo, por naturaleza, más que imágenes! » ¡No, no es así! Si así fuera, el alma no sería nunca dichosa... Una imagen no se tiene a sí misma como propósito, no se propone a sí misma: siempre te conducirá y te enviará hacia eso de lo que es imagen. Y como sólo se tienen imágenes de lo que está fuera y es percibido por los sentidos, es decir de las criaturas y que además ella te envía siempre hacia eso de lo que es imagen, sería imposible que nunca pudieras llegar a ser feliz por no importa qué imagen" (Tratado *Del Nacimiento Eterno*).

Por tanto, también "alma" es otro concepto instrumental que debe ser transcendido porque, al no ser de naturaleza mental, no puede ser pensado ni conceptualizado. El mero hecho de tratar de convertirlo en un pensamiento, o sea, un objeto o concepto, nos impide comprenderlo. Por eso, al comentar el versículo de San Juan 12, 25: «Quien odia a su alma en este mundo, la guardará para la vida eterna», Eckhart aclara que "La palabra que nombra el alma, se refiere al alma en cuanto se halla en la cárcel del cuerpo, y por ello opina San Juan que el alma, al ser

capaz de convertir aún en objeto de su pensamiento aquello que ella es en sí misma, se halla todavía en su cárcel. Allí donde presta aún atención a esas cosas bajas y donde recoge algo en su interior por intermedio de los sentidos, allí se estrecha en seguida; pues las palabras no son capaces de dar ningún nombre a naturaleza alguna que se encuentre por encima de ellas" (Serm. *Qui odit animam suam*). Por tanto, la cárcel del alma no la constituyen sólo el cuerpo (y el tiempo) sino también la misma alma mientras se exprese a través del pensamiento conceptual.

El pasaje bíblico de la expulsión de los mercaderes del Templo le da pie a Eckhart para hilar uno de sus mejores sermones. Identifica el Templo al hombre, y los comerciantes y las mercancías con todos los obstáculos que hemos de remover para vaciarnos y desasirnos. "Leemos en el santo Evangelio (Mateo 21, 12) que Nuestro Señor entró en el templo y echó fuera a quienes compraban y vendían, y a los otros que ofrecían en venta palomas y otras cosas por el estilo, les dijo: «¡Quitad esto de aquí, sacadlo!» (Juan 2, 16). Dios quiere tener vacío este templo de modo que no haya nada adentro fuera de Él mismo. Es así porque este templo le gusta tanto ya que se le asemeja de veras, y Él mismo está muy a gusto en este templo siempre y cuando se encuentre ahí a solas" (Serm. *Intravit Iesus in templum*). ¿Por qué es necesario vaciar el templo? "Pues luz y oscuridad no pueden existir juntos, no más que Dios y la criatura: Si Dios debe entrar, es preciso que el creado salga" (Tratado *Del Nacimiento Eterno*). Para que acontezca la iluminación hay que identificar y expulsar a los mercaderes. Estos son quienes se acercan a Dios en busca de premios y compensaciones por sus obras. "Mercaderes son todos aquellos que se cuidan de no cometer pecados graves y les gustaría ser buenos y, para la gloria de Dios, ellos hacen sus obras buenas, como ayunar, estar de vigilia, rezar y cosas por el estilo, cualquier clase de obras buenas, mas las hacen para que Nuestro Señor les dé algo en recompensa o para que Dios les haga algo que les gusta: todos ésos son mercaderes. Esto se debe entender en un sentido burdo, porque quieren dar una cosa por otra y de esta manera pretenden regatear con Nuestro Señor. Con miras a tal negocio se engañan. Pues, todo cuanto poseen y todo cuanto son capaces de obrar, si lo dieran todo por amor de Dios y obrasen por completo por Él, Dios en absoluto estaría obligado a darles ni a hacerles nada en recompensa, a no ser que quiera hacerlo gratuita y voluntariamente. Porque lo que son, lo son gracias a Dios, y lo que tienen, lo tienen de Dios y no de sí mismos. Por lo tanto, Dios no les debe nada, ni por sus obras ni por sus dádivas, a no ser que quisiera hacerlo voluntariamente como merced y no a causa de sus obras ni de sus dádivas, porque no dan nada de lo suyo y tampoco obran por sí mismos, según dice Cristo mismo: «Sin mí no podéis hacer nada» (Juan 15, 5). Esos que quieren regatear así con Nuestro Señor, son individuos muy tontos; conocen poco o nada de la verdad. Si quieres librarte del todo del mercantilismo para que Dios te permita permanecer en ese templo, debes hacer con pureza y para gloria de Dios todo cuanto eres capaz de hacer en todas tus obras, y debes mantenerte tan libre de todo ello como es libre la nada que no se halla ni acá ni allá" (Serm. *Intravit Iesus in templum*). Con sorna critica Eckhart a quienes aman a Dios como aman una vaca que les da leche y queso: "Es demasiado codicioso el hombre que no se contenta con Dios solo sino que quiere satisfacer por intermedio de Él sus apetitos y anhelos, ya sean materiales, ya sean espirituales". Incluso las buenas obras devienen muertas si se hacen con una finalidad o sin desapego: "Esas personas son todas personas buenas que

hacen sus obras exclusivamente por amor de Dios y no buscan en ellas nada de lo suyo, pero las hacen con apego al propio yo, al tiempo y al número, al antes y al después. Entonces esas obras les impiden alcanzar la verdad” (Serm. *Intravit Iesus in templum*). Por supuesto que la senda metafísica tiene sus resultados, pero la adecuada actitud de renuncia a sí mismo supone acercarse a Dios sin mercadeos interesados y sin ánimo de beneficio aunque éste se obtenga. “¡Cuanto más desapegado te mantengas más luz interior te corresponderá, más verdad y penetración!” (Tratado *Del Nacimiento Eterno*), pues ya dice Jesús que «Todo el que dejare algo por amor a mí, se lo devolveré dándole cien veces más y la vida eterna por añadidura» (Mateo 19, 29).

En definitiva: para “estar vacío de sí mismo” y dejar paso a Dios “el hombre debe retirarse y vaciarse (*ledic machen*) de todo pensamiento, palabra y obra, y de todas las imágenes del intelecto”. En la medida en que recogemos nuestras potencias y nos vaciamos de nosotros mismos, cedemos el control a Dios y le damos espacio para que entre en nuestro Templo interior y derrame su Gracia: “¡En verdad! cuando el hombre se aquieta completamente y reduce al silencio a la razón activa que lleva dentro de sí, Dios ha de encargarse de la obra, él mismo debe ser el que actúa” (Tratado *Del Nacimiento Eterno*). En efecto, *al vaciarme de pensamientos, lo que aparece yo no lo pongo.* Entonces ¿de dónde viene?; “Aquél que, sin multiplicar los pensamientos, sin multiplicar los objetos y las imágenes, reconoce interiormente lo que ninguna visión exterior ha puesto en él, sabe bien que esto es cierto” (Tratado *Del Consuelo Divino*). “Ahora digo yo: ¿Cómo puede ser que el desasimiento del conocimiento conoce en sí mismo todas las cosas sin forma e imagen, sin que se dirija hacia fuera y se transforme él mismo? Digo que proviene de su simplicidad, porque el hombre, cuanto más puramente simplificado se halla en sí mismo, con tanta más simplicidad conoce toda la multiplicidad en él mismo y se mantiene inmutable en sí mismo” (Serm. *Homo quidam nobilis*).

Llegamos aquí a uno de los puntos culminantes del pensamiento del maestro alemán; el *nacimiento eterno*, es decir, la iluminación o realización espiritual. Dicho *nacimiento a la eternidad* es una Gracia que solo Dios concede: “Es una merced especial y un gran don el que uno vuele hacia arriba con el ala del conocimiento y eleve el entendimiento al encuentro de Dios”[10] (Serm. *Jesús ordenó a sus discípulos*). La conquista de la inmortalidad solo puede tener lugar en lo más íntimo del templo. Ese lugar en el fondo del alma es, paradójicamente, un no-lugar más allá del tiempo, en la eternidad previa o más allá de la creación: «Aquí el fondo de Dios es mi fondo, y mi fondo es el fondo de Dios», «Mi casa y la casa de Dios es el mismo ser del alma, en la que sólo habita Dios». Para que este nacimiento eterno o despertar acontezca, es preciso que el templo se halle exento y vacío. Solo tras ese vaciamiento o desprendimiento de sí mismo, se digna Dios a entrar en él y comunicarnos la Palabra.

Para que Dios hable debe haber silencio absoluto. El Templo debe estar vacío de pensamientos: “Mirad, debéis tenerlo por cierto: si alguna otra persona, fuera de Jesús solo, quiere habla en el templo, o sea, en el alma, Jesús se calla como si no estuviera en casa y tampoco está en su casa en el alma porque ella tiene visitas extrañas con las que conversa. Pero si Jesús

[10] Cfr. 2 Cor. 3, 18.

ha de hablar en el alma, ella tiene que estar a solas y se debe callar ella misma si es que ha de escuchar a Jesús. Entonces entra Él y comienza a hablar" (Serm. *Intravit Iesus in templum*). En suma, Dios no necesita de pensamientos ni de imágenes para comunicarse con el Alma. Por tanto, todo pensamiento, ya sea bajo la forma de imagen, deseo o recuerdo, es un obstáculo que se interpone entre Dios y el Alma: "Dios actúa sin intermediario y sin imagen. Cuanto más libre de imágenes, más preparado estás para recibir su acción y cuanto más vuelto hacia el interior y más olvidadizo, más cerca estás de Él. A propósito de esto, Dionisio exhortaba a su discípulo Timoteo diciéndole: ¡Querido hijo Timoteo, con el espíritu libre de preocupaciones debes elevarte por encima de ti mismo y por encima de las potencias de tu alma, por encima de toda forma y de toda esencia, en la silenciosa oscuridad escondida, para llegar a un conocimiento del Dios desconocido supradivino! Para esto es preciso un desapego de todas las cosas: a Dios le repugna actuar entre toda clase de imágenes" (Tratado *Del Nacimiento Eterno*). En definitiva, "Si queremos conocer a Dios, tiene que ser sin mediación; no puede penetrar nada extraño" (*Ser. Surrexit autem Saulus de terra*). Además, "Dios espera de cualquier hombre espiritual que lo ame con todas las potencias del alma. Por esto dijo: Amarás a tu Dios de todo corazón"[11] (Tratado *Del Desasimiento*).

En suma, para que la visión del rostro de Dios se produzca, la mente ha de estar en absoluto silencio. Ese silencio o vacío implica el desapego del mundo externo, incluidas las personas queridas, la familia, los amigos... incluido uno mismo; "dijo Cristo: «El que ama cualquier otra cosa además de mí, el que está apegado a padre, madre y muchas otras cosas, no es digno de mí. No he venido a traer la paz a la tierra, sino la espada, porque yo te separo de todas las cosas, porque aparto de ti hermano, hijo, madre, amigo, que son en realidad tus enemigos. ¡Pues lo que para ti es un consuelo es en realidad tu enemigo!" Si tu ojo quiere ver, tu oído oír todas las cosas, tu corazón tenerlas todas presentes en él: en verdad que tu alma ha de ser importunada y dispersada en todas esas cosas" (Tratado *Del Nacimiento Eterno*).

XI.- LAS TINIEBLAS QUE CUBREN EL ROSTRO DE DIOS

Como ya se ha indicado, el primer paso de la práctica contemplativa consiste en aprender a recoger todas las potencias del alma y estabilizar el silencio de la mente. Cuando ese vacío de pensamientos es estable y alcanza la adecuada intensidad[12], acontece un estado singular muy

[11] Cfr. Marcos 12, 30; Lucas 10, 27.

[12] La atención debe ser máxima, intensa y sostenida para que no sea interrumpida por ningún pensamiento. Para explicar el grado de concentración que se requiere, Eckhart da el siguiente ejemplo: "Había un maestro pagano que se había dedicado a un arte, el arte de contar. Sentado ante el hogar escribía cifras y cultivaba su arte. Llegó un soldado con la espada en la mano; no sabía que él era el maestro y gritó: ¡Cómo te llamas, habla rápido o te mato! El maestro estaba tan absorto en sí mismo que ni vio ni oyó al enemigo ¡y ni siquiera habría podido comprender qué quería! Y cuando este hombre lo hubo interpelado varias veces sin obtener respuesta, le cortó la cabeza. Esto por adquirir un arte natural: ¡cuán incomparablemente no deberíamos nosotros desapegarnos de todas las cosas y concentrar todas nuestras fuerzas cuando se trata de contemplar y de conocer la verdad única, infinita, increada, eterna! Reúne para esto toda tu razón y todo tu pensamiento y dirígete entonces hacia el fondo donde yace este tesoro escondido. Si esto ha de ocurrir, sabe que te es preciso abandonar cualquier otra cosa: ¡debes llegar a un estado de ignorancia si quieres encontrar esto!" (Trat. *Del Nacimiento Eterno*). Solo con la debida concentración en Dios puede el hombre interno caminar sobre las aguas de la agitación, la corporalidad y el tiempo pues, en otro caso, si vive apegado a los objetos externos y presta atención a

difícil de describir en el que se desconectan todos los sentidos y cesa cualquier identificación con el cuerpo y la mente. Ese estado profundo en el que no queda rastro de nada más que una pura consciencia, es lo que Jacob describe como "lugar sobrecogedor" o los místicos definen como *Nube del no-saber* y que preludia la visión de la Luz o faz de Dios. Para quien nunca lo ha experimentado, este estado de oscuridad absoluta solo puede ser descrito como una Nada esencial, una *Nube del no-saber* o una ignorancia u olvido de sí mismo. Son las tinieblas que cubren la faz de Dios. El propio Eckhart refleja el desconcierto del aspirante a la contemplación que ve cifradas sus expectativas en algo tan paradójico como es el alcanzar el conocimiento de Dios a través de un no-saber: "Ahora me diréis que pongo toda nuestra salvación en una ignorancia. Esto se entiende como una carencia: Dios ha creado al hombre para el conocimiento. Pero uno debe elevarse ahora a una forma superior del conocimiento y este no-conocimiento no debe provenir del no-conocimiento, sino que es a partir del conocimiento como se ha de llegar al no-conocimiento. Debemos ser ignorantes con el conocimiento divino y nuestra ignorancia será entonces ennoblecida y adornada por el conocimiento sobrenatural" (Tratado *Del Nacimiento Eterno*). Pero ese es el único camino posible para el nacimiento eterno pues "Incluso si a esta cosa se la llama una ignorancia, un no-conocimiento, hay sin embargo en ella más que en cualquier saber o en cualquier conocimiento fuera de ella. Pues esta ignorancia te conduce y te saca fuera de toda cosa conocida y fuera de ti mismo. Es lo que Cristo quería decir cuando decía que el que no niega su propio yo y no deja a su padre y a su madre y no se mantiene aparte de todo eso, no es digno de mí. Como si dijera: ¡El que no renuncie a todo lo exterior de las criaturas, no puede ser ni concebido ni engendrado en este nacimiento divino!" (Tratado *Del Nacimiento Eterno*). En definitiva: "Dios nace dentro de nosotros cuando todas las potencias de nuestra alma, que antes estaban atadas y presas, llegan a ser desatadas y libres y se realiza en nuestro fuero íntimo un silencio desprovisto de toda intención y nuestra conciencia ya no nos recrimina; entonces el Padre engendra en nosotros a su Hijo. Cuando esto sucede, debemos preservarnos desnudos y libres de todas las imágenes y formas, tal como es Dios, y debemos aceptarnos tan desnudos, sin semejanza, como Dios es desnudo y libre en Él mismo. Cuando el Padre engendra en nosotros a su Hijo, conocemos al Padre junto con el Hijo, y en los dos, al Espíritu Santo y el espejo de la Santa Trinidad y en él todas las cosas, cómo son pura nada en Dios... Ahí no existen ni número ni cantidad" (Serm. *Iustus in perpetuum vivet*). Ese lugar en que el alma anonadada y desasida se encuentra con Dios parece un «desierto» (*einöde*), un «silencio» sobrecogedor, una tiniebla insondable, pero también un «saber sin saber» (*wîse âne wîse*), «fondo sin fondo» (*grunt âne grunt*), interminable acumulación de paradojas que indican la inutilidad de cualquiera denominación de ese estado o morada. En realidad, Eckhart establece una triple consideración de la tiniebla mística; primeramente como desapego o desasimiento del mundo; en segundo lugar como una luz de Dios que ciega y, finalmente, la oscuridad de la inefable Divinidad más allá de cualquier atributo y que sólo puede ser descrita como oscuridad supraesencial; "¿Qué son las tinieblas? En primer lugar, que el hombre no participe o dependa de nada y sea ciego y no sepa nada de las criaturas. También he dicho muchas veces: quien quiera ver a Dios tiene que ser ciego. En segundo lugar:

---

los pensamientos, será tragado por las turbulencias del mundo: "Mientras sus pensamientos estaban concentrados y centrados con simpleza en Dios, el mar se unía bajo sus pies de modo que él caminaba sobre el agua (Cfr. Mateo 14, 29 ss.), mas, cuando fijó su pensamiento en lo de abajo, se fue hundiendo...." (Serm. *Jesús ordenó a sus discípulos*)

Dios es una luz que brilla en las tinieblas. Él es una luz que ciega. Eso significa una luz de tal tipo que es incomprensible; es infinita, es decir, que no tiene fin, nada sabe de un final. Esto quiere decir que ciega el alma, para que no sepa nada y no conozca nada. Las terceras tinieblas son las mejores de todas y significan que en ellas no hay ninguna luz. Un maestro dice: el cielo no tiene ninguna luz, es demasiado alto para ello: no ilumina, ni es frío ni caliente en sí mismo. Así también pierde el alma, en dichas tinieblas, toda luz; escapa a todo lo que pueda llamarse calor o color" (Serm. *Videns Iesus turbas*).

Las «tinieblas» (*vinsternisse*) expresan el estado de autonegación y aniquilación del ego previo a la contemplación de la luz de la faz de Dios (Jn 1, 5 y 9). Ese proceso de purificación o de escalamiento a través de las gradas de la virtud, desde el punto de vista del yo humano, es visto como una negación de sí mismo, una «noche oscura de los sentidos y del espíritu» en cuyo itinerario el alma aparentemente no encuentra soporte en nada. Pero desde el punto de vista ontológico o metafísico, esa oscuridad es elocuente y plena porque revela la naturaleza del Ser, que es luz pura y Gracia. Para Eckhart, la tiniebla mística "es la oscuridad oculta de la eterna divinidad y es desconocida y no fue conocida nunca ni será conocida jamás. Allí Dios permanece desconocido en sí mismo y la luz del Padre eterno ha infiltrado sus rayos allí desde la eternidad, pero las tinieblas no comprenden la luz (Cfr. Juan 1, 5)" (Serm. *Ave, gratia plena*). "De la misma manera actúa la luz divina, que oculta todas las luces. Lo que buscamos en las criaturas es todo noche. Es lo que realmente opino: lo que buscamos en cualquier criatura es todo sombra y noche. Incluso la luz más sublime de los ángeles, por muy alta que sea, no afecta en nada al alma. Todo lo que no sea la primera luz es oscuridad y noche" (Serm. *Surrexit autem Saulus de terra*).

Eckhart demuestra conocer perfectamente cuál es el hecho místico descrito en el Antiguo Testamento relativo al éxtasis de Moisés tras atravesar la niebla que rodeaba el rostro de Dios: "«Moisés penetró en la niebla» y fue subiendo a la montaña; «allí encontró a Dios» y en las tinieblas halló la luz verdadera" (Cfr. Exodo 20, 21). Y allí murió Moisés para las cosas terrenales porque *nadie puede ver a Dios y seguir viviendo*. "Por eso dice San Pablo[13]: «Dios mora en una luz a la cual no hay acceso» (Cfr. 1 Timoteo 6,16), y que es, en sí misma, un puro Uno. Por eso el hombre debe estar mortificado y completamente muerto y no ser nada en sí mismo, enteramente despojado de toda igualdad y ya no ser igual a nadie, entonces es verdaderamente igual a Dios" (Serm. *Convescens praecepit eis*). Hasta ese momento, se tiene nombre, historia personal, individualidad, ego. Pero tras atravesar las tinieblas, se comprende que la individualidad, los recuerdos del pasado y los proyectos de futuro, no son más que espejismos evanescentes, una mera apariencia porque se es uno en Dios; "San Pablo dice en Efesios 5, 8: «Anteriormente erais tinieblas, pero ahora sois una luz en Dios». «Aliquando» significa anteriormente. Para quien sabe interpretar plenamente esta palabra, ella significa lo mismo que «en algún momento» y se refiere al tiempo que nos impide llegar a la luz, porque a Dios nada

[13] Según Eckhart, los tres cielos de San Pablo se refieren a: 1° la desidentifica-cion al cuerpo, 2° vacío de pensamientos y de toda pluralidad de objetos, 3° no dualidad sujeto-objeto: "San *Pablo* fue arrobado al tercer cielo (Cfr. 2 Cor. 12, 2 y 3). ¡Fijaos ahora en cuáles son los tres cielos! Uno es la separación de toda corporeidad, otro la enajenación de todo ser-imagen; el tercero un mero conocimiento inmediato en Dios" (Serm. *Jesús ordenó a sus discípulos*).

le repugna tanto como el tiempo; y no sólo el tiempo, se refiere también al apego al tiempo" (Serm. *Eratis enim aliquando tenebrae*). Esa muerte psicológica y mental (es decir, en cuanto individuo separado) que implica atravesar las tinieblas, representa el total desapego de la pluralidad (el apego a las cosas circundantes), a la corporalidad (el apego a su cuerpo y su mente) y al tiempo (a sus recuerdos y a sus expectativas de hacer algo o ser alguien). En ese estado de olvido de sí mismo se pueden atravesar las tinieblas porque ni siquiera las tinieblas nos ven. El ser es idéntico a sí mismo, es la Identidad esencial; "Allí no hay devenir, sino que se trata de un «ahora», un devenir sin devenir, un ser nuevo sin renovación, y el devenir tiene su ser de Dios. En Dios hay una sutileza tal que ninguna renovación puede entrar. Igualmente, hay en el alma una sutileza tan acendrada y tan tierna que ahí tampoco puede entrar ninguna renovación; porque todo cuanto hay en Dios, es un «ahora» presente sin renovación" (Serm. *Eratis enim aliquando tenebrae*). En ese momento atemporal y aespacial se produce el nacimiento eterno, la iluminación, el despertar a la inmortalidad. Cuando el templo del Alma se vacía de todo, incluida la luz de nuestras potencias, y se queda a oscuras, se llena de la Luz y Gracia de Dios; "Cuando este templo se libera así de todos los obstáculos, es decir, del apego al yo y de la ignorancia, entonces resplandece con tanta hermosura y brilla tan pura y claramente por sobre todo y a través de todo lo creado por Dios, que nadie puede igualársele con idéntico brillo a excepción del solo Dios increado" (Serm. *Intravit Iesus in templum*). Se cumple así lo anticipado por el Eclesiastés, 6-7: «Éste resplandece en el templo de Dios como una estrella matutina en medio de la niebla, y como una luna llena en sus días, y como un sol radiante».

¿Qué se experimenta cuando el Alma atraviesa la *nube del no-saber* y contempla la faz de Dios? Al igual que otros místicos, Eckhart se encuentra con las dificultades del lenguaje para expresar su experiencia extática. De entrada, es inexacto describirla como una "experiencia" porque Allí no existe la dualidad entre un sujeto que experimenta y un objeto que es experimentado; no hay un "yo" que pueda apropiarse de algo. Es al volver al mundo sensible y racionalizar esa "experiencia" cuando se le da forma de recuerdos. Pero lo cierto es que, mientras se está Allí, no hay recuerdo. Y cuando se repara en que se está Allí, es decir, cuando aparece el sentido de identidad individual que pretende apropiarse de la experiencia, automáticamente se pierde ese estado. Hay consciencia, pero lo paradójico es que no hay consciencia de ser un individuo aislado, con nombre e historia personal, sino que hay una plena integración de todo en todo o, lo que es lo mismo, de nada en nada. Eckhart describe vívidamente el arrobamiento del Alma que accede al estado de consciencia supraindividual de esta manera: "¡Ahora pon atención! Qué maravilla estar fuera como dentro, comprender o ser comprendido, ver y al mismo tiempo ser visto, contener y ser contenido: ése es el final en el que el espíritu permanece en paz, en la unidad de la amada eternidad"[14] (Serm. *Intravit Iesus in quoddam castellum*). Allí "Dios

[14] Lo que no es contradictorio con la siguiente afirmación: "Con toda seguridad, ningún hombre puede experimentar este nacimiento, o acercarse a él, si no es a través de una gran violencia. Pues el hombre no puede llegar a este nacimiento sin retirarse, con todos sus sentidos, fuera de las cosas, y esto sólo puede ocurrir por una gran violencia, cuando todas las potencias del alma han de ser reprimidas y descargadas de su actividad; ¡a todo esto hay que hacer violencia, no puede ser de otro modo! Por esto dijo Cristo: ¡El reino de los cielos sufre violencia y los violentos lo atraen a ellos!" (Tratado *Del Nacimiento Eterno*). Este tipo de advertencias es un indicio más de que los arrobamientos místicos del maestro alemán fueron consecuencia de un método o vía que, al menos en las primeras etapas, suponía un gran esfuerzo mental.

brilla en las tinieblas, en donde el alma escapa a toda luz; en sus potencias recibe luz, dulzura y gracia, pero en el fondo del alma no puede penetrar más que el Dios puro" (Serm. *Videns Iesus turbas*). Ese fondo del alma es un lugar tan puro, sutil y homogéneo que no admite ni siquiera la luz ni las tinieblas porque está más allá de la dualidad. Incluso esa luz que es Dios pierde sus atributos; "hay una luz sobre las luces en donde el alma escapa a todas las luces «en las montañas de lo alto», en donde ya no hay más luz" (Serm. *Videns Iesus turbas*). Allí se produce el arrobamiento místico, que Eckhart denomina *nacimiento eterno* porque, aunque sea por unos instantes más allá del tiempo ordinario, el hombre vislumbra su verdadera esencia inmortal y bebe de las aguas del río que mana en el Paraíso. Pero como muy bien explica Eckhart, ahora la cuestión es cómo estabilizar o permanecer en esa visión de Dios; "Ahora se plantea una cuestión sobre este nacimiento: ¿se produce sin interrupción o solamente aquí y allá cuando el hombre está listo para ello y pone todo su esfuerzo en olvidar todas las cosas y en no saber nada más?... Pero como la vista y la experiencia de Dios a la larga son insoportables para el espíritu, sobre todo en este cuerpo, Dios se oculta al espíritu de vez en cuando. Es lo que quiere decir con la frase: "Durante un poco de tiempo me veréis y un poco después ya no me veréis más" (Tratado *Del Nacimiento Eterno*). Por eso dice Jesucristo que antes de que Abraham existiera "Yo Soy", «¡Permaneced en mí!» (Juan 15, 4), es decir, permaneced en "Yo soy".

Por supuesto que la enseñanza del maestro alemán no se agota en estas sucintas páginas que no pretenden sustituir la lectura de sus tratados y sermones. Por el contrario, sólo aspiran a ser una introducción a su universo espiritual y a su particular manera de expresar sus vivencias espirituales mediante un extraordinario uso de la alegoría y de la metáfora aplicada al orden metafísico. En todo caso, no debe perderse de vista una circunstancia capital; Eckhart era un "amigo de Dios", un hombre que, vaciado de sí mismo, había sido llenado por la Gracia. A explicar este camino, que él llama no-camino y que culmina con el "despertar", la "iluminación", la "realización espiritual", dedicó la mayoría de sus escritos. Por eso, los escritos de Eckhart no tratan de moral temporal ni de especulaciones del siglo; son una exteriorización de sus "experiencias" místicas, es decir, de lo que acontece cuando sobreviene el desapego al propio desapego, de lo que se siente cuando no hay un "yo" que reivindique o se atribuya la experiencia; de lo que se ve desde un lugar y tiempo innominados; de lo que acontece cuando, en suma, como dice el maestro alemán, conocer es Ser.



CONVENIO DE COLABORACIÓN INSTITUCIONAL, ACADÉMICA Y CIENTÍFICA ENTRE EL PATRONATO DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA ARÚS Y EL GRAN PRIORATO RECTIFICADO DE HISPANIA







De izquierda a derecha: Josep Brunet (anterior Director Gerente de la BPA), Maribel Giner (actual Directora Gerente de la BPA), Diego Cerrato (Gran Maestro del GPRDH) y Mario Mencucci (representante del GPRDH para la comisión masónica de la BPA *Rosendo Arús*).

El día 20 de junio de 2017, en las instalaciones de la Biblioteca Pública Arús en Barcelona, se llevó a cabo la firma de este Convenio de Colaboración Institucional, Académica y Científica entre el Patronato de la BPA representado por Dª. Maribel Giner en calidad de Directora Gerente y D. Diego Cerrato como Gran Maestro / Gran Prior del Gran Priorato Rectificado de Hispania.

Los objetivos de este Convenio son los siguientes:

1. Promover las relaciones de carácter académico, científico, profesional, etc., entre la BPA y el GPRDH.
2. Desarrollar actividades de docencia, investigación y otros, en materias de interés común para ambas instituciones.
3. Fomentar la presencia del GPRDH en el ámbito cultural en el que se inscribe la BPA.
4. Fomentar el intercambio recíproco de información sobre temas de investigación, libros, publicaciones y otros materiales de interés para ambas instituciones.
5. Fomentar el debate e intercambio de experiencias, sobre todo en aquellos temas que pudieran beneficiar a ambas instituciones.

Para facilitar la colaboración del convenio, su seguimiento y cumplimiento, se constituirá una Comisión Mixta formada por un representante de cada institución, que pueden ser los firmantes del Convenio, o personas en quienes deleguen. Esta Comisión Mixta elaborará un plan de actividades, a partir del cual se establecerán los programas a realizar y su respectiva participación.



"ALGUNOS MAESTROS HAN DICHO QUE LA BIENAVENTURANZA RESIDE EN EL CONOCER, Y OTROS DICEN QUE RESIDE EN EL AMOR, OTROS INCLUSO DICEN QUE EN EL CONOCIMIENTO Y EL AMOR, Y ÉSTOS LO ENCUENTRAN MEJOR. NOSOTROS, SIN EMBARGO, DECIMOS QUE NI EN EL CONOCIMIENTO NI EN EL AMOR, SINO QUE HAY ALGO EN EL ALMA DE DONDE FLUYE EL CONOCER Y EL AMAR, QUE NO CONOCE NI AMA COMO LO HACEN LAS POTENCIAS DEL ALMA. QUIEN CONOCE ESE ALGO SABE EN QUÉ CONSISTE LA BIENAVENTURANZA. ESE ALGO NO TIENE NI UN ANTES NI UN DESPUÉS Y NO ESPERA NADA POR VENIR, PUES NO PUEDE GANAR NI PERDER NADA. ESE ALGO IGNORA QUE DIOS ACTÚA EN ÉL; ES MÁS, ESE ALGO GOZA DE SÍ MISMO A LA MANERA EN QUE LO HACE DIOS".

Maestro Eckhart (1.260-1.328),
Sermón "Los pobres de espíritu" en "El fruto de la nada", Ed. Siruela.

G.E.I.M.M.E.

Grupo de Estudios e Investigaciones
Martinistas & Martinezistas de España

www.geimme.es
www.facebook.com/geimme
geimme.blogspot.com.es/

geimme.info@gmail.com